Enara de la Peña

# si fuera magia



COLECCIÓN ARCOIRIS

# Si fuera magia

**Colección Arcoíris**

Enara de la Peña



# Créditos

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes y situaciones son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia y fruto de la imaginación de la autora.

© 2025, *Si fuera magia*

© 2025, Enara de la Peña

© 2025, Diseño de portada: Colección Arcoíris y Diego Bober

Has adquirido una obra publicada mediante autoedición. Gracias por apoyar el trabajo de los autores independientes.

Instagram: @enara_escritorabl

# Colección Arcoíris

Seis autoras. Seis novelas cortas, una por cada franja de la bandera LGBT. Seis colores. Seis historias diferentes y únicas con un nexo en común: el Café del Mar, ambientado en Sitges.

*Como gatos al sol*, Laura Sanz
*Cuatro amigos*, Nut
*Sol amarillo*, Hendelie
*Fede y Federico*, Nisa Arce
*En otra vida*, Roser A. Ochoa
***Si fuera magia***, Enara de la Peña

# Violeta

Representa la espiritualidad, la intuición y la reflexión. Está asociado con la creatividad, la imaginación y el misterio, pero también con la melancolía y la nostalgia.

# Índice

0 - Las Arcanas
1 - La Torre
2 - La Sacerdotisa
3 - La Emperatriz
4 - La Rueda de la Fortuna
5 - La Luna
6 - La Fuerza
7 - La Justicia
8 - Las Amantes
9 - La Muerte
10 - Las Estrellas

Acerca de la autora

# 0 - Las Arcanas



«En una semana te vas a morir».

Beth Morel sabía cuándo a una persona le iba a llegar la hora.

Se trataba de un sexto sentido muy molesto. Para algunos podía ser intuición, para otros, brujería. En su familia lo llamaban certezas. Ella lo consideraba una maldición.

Así que cuando vio a la chica en una de las mesas del Café del Mar, tuvo claro que lo mejor era salir corriendo de ahí. Sin embargo, no lo hizo.

Aquel día habían cerrado por reformas su cafetería favorita y necesitaba su dosis de cafeína con urgencia, por lo que fue directa al local más cercano que le recomendaba su teléfono móvil.

El Café del Mar tenía un aire modernista de los años 20, con el largo mostrador de madera de roble oscuro a un lado y las mesas de mármol blanco repartidas por el lugar, además de detalles en hierro en la barandilla de una escalera hacia la primera planta. Debía admitir que emanaba un aire de café literario de principios del siglo pasado que le encantó.

Nada más abrir la puerta, una molesta ráfaga de viento la empujó al interior y cerró de un portazo, atrayendo una atención indeseada.

Beth buscó un sitio libre en el rincón más alejado de la entrada. Era temprano y todavía olía a las tostadas y bollería del desayuno. Se le hizo la boca agua mientras sacaba su pequeño portátil del

desgastado bolso caqui. Debía aprovechar para estudiar, así que nada de comida hasta repasar al menos diez, no, veinte páginas del trabajo sobre *Rimas*, de Bécquer. Que su madre le hubiera repetido desde que se matriculó lo poco útil que era la carrera de Filología no quería decir que debiera darle la razón. Su pasión por los libros le hizo elegir los estudios universitarios, por lo que su tarea esos años era centrarse, sacar las mejores notas y llevarle la contraria a su madre con un trabajo de lo suyo como profesora o en una editorial antes de graduarse. Pero todavía faltaba para eso.

Pidió un café solo que le trajeron humeante y probó sin soplar ni endulzar. Fue una pausa en la que su vista volvió a la chica. Cómo no mirar, llamaba la atención de cualquiera a cien metros a la redonda.

Parecía más joven que ella, con el pelo teñido de violeta y recogido en dos moños, de donde varios mechones sueltos caían sin control sobre sus hombros. Vestía completamente de negro, con botas de hebillas, medias oscuras, minifalda y un exagerado escote redondo. Iba demasiado maquillada para su gusto y lo que brillaba en su nariz debía de ser un *piercing*. Su estilo chocaba completamente con el de Beth, mucho más sobrio. Eligiendo siempre tonos tierra, o neutros, con faldas largas y preferencia por las camisas, como en ese caso, una abotonada hasta el cuello. Verlas juntas sería desternillante. Algo en lo que no habría pensado si no fuera porque la chica se levantó y comenzó a caminar en su dirección.

Beth trató de esconderse detrás del portátil, con las gafas de pasta fijas en la pantalla e ignorando cómo la silla de enfrente era ocupada.

—¿Crees en el destino?

Beth enarcó una ceja ante la pregunta y, como única respuesta, continuó tecleando. Al otro lado hubo ruido de arrastre, cremallera y cartón. Era evidente que buscaba una reacción que Beth se negaba a ofrecerle. No estaba de humor. Además, hacía tiempo que tomó la decisión de no intervenir ante sus certezas, por lo que era más seguro —sobre todo para su estabilidad mental— mantener las distancias.

Más silencio. Sus dedos aporrearon con firmeza el portátil, a la espera de que el mensaje llegara a la indeseada compañera de mesa. Fue inútil.

—Cuando te he visto, he sentido… algo.

Beth dejó de teclear. ¿Había oído bien? ¿Era posible que ella también tuviera una percepción especial? Ante su asombro, la chica misteriosa comenzó a barajar y poner sobre la mesa cartas con preciosas ilustraciones. A Beth los ojos se le fueron irremediablemente al aro que tenía en la nariz, ¿eso era cómodo?

—Dime tu nombre y te leeré el futuro.

No podía creerlo, ¿eran cartas de tarot? Lo eran. Su improvisada compañera de mesa las fue colocando una a una con pulcritud, luciendo uñas perfectamente pintadas de negro. Dibujos de mujeres con cálices, hombres del revés o con enormes togas doradas cubrieron la mesa.

—Tu nombre… —insistió la chica con voz suave. Beth ni pestañeaba mientras releía por quinta vez el último párrafo del documento—. Bueno, tampoco hace falta. Eres… estudiante de Filosofía, pero no te apasiona, de hecho, te estás planteando cambiar a ¿Economía? ¿Empresariales? Algo de números. —Hablaba sin alzar la vista de las cartas, enrollando un mechón morado en su índice mientras las interpretaba—. Tu familia es tu mayor apoyo con esta idea y tus… hermanos te animan a probarlo. Y ¡deberías! La fortuna está de tu parte. Es un buen momento para la aventura.

No había acertado ni una. ¡Ni una! Se le daba fatal. Es que incluso con una observación básica, cualquiera habría sacado más de ella; al menos para montar una lectura medio creíble. Pero no, por cómo movía los labios entre pausas, con palabras para sí misma, se intuía que repetía de memoria el significado de cada imagen, por poco que encajaran con lo que tenía ante ella.

Estaba claro que esa chica no era nada especial, solo una niña de grandes y maquillados ojos marrones que creía en la magia.

Beth resopló.

Era la primera señal que daba de que estaba ahí. Bajó la tapa del portátil, lista para soltarle a esa chica que la dejara en paz, por el bien de las dos. Sin embargo, una nueva carta cayó sobre la mesa.

—La Muerte —leyó la otra en voz alta.

Beth alzó la vista y se cruzó con esos ojos avellana, que le sonreían como si compartieran un secreto.

—¡Tranquila! No te asustes. La Muerte solo significa cambio. Encaja bastante bien con lo demás —concluyó, satisfecha—. Aunque sigue dando mal rollo, ¿verdad?

Aquello parecía un chiste inapropiado, así que guardó el portátil y se puso en pie.

—Oh, venga, ¿te hablo de tu maravilloso futuro y ni siquiera me dices tu nombre?

Iba a pasar de las quejas de la chica de pelo violeta. Debería haberse marchado nada más tener la primera intuición, pero no lo hizo, y justo cuando huía de la cafetería, ocurrió; ella se interpuso en su camino y sus manos se tocaron. Fue una milésima de segundo, lo suficiente para que una imagen apareciera en la mente de Beth: la desastrosa tarotista estaba rodeada de flores, cientos de claveles amarillos, y gente, había ruido y caos y…

—¿Estás bien?

De vuelta al presente, Beth se había quedado congelada entre las mesas de la cafetería y la chica la observaba con cuidado, como si temiera que se fuera a desmayar.

—Tía, estás pálida, ¿es una bajada de azúcar? —continuó, lo cual hizo que Beth se sintiera peor y la rabia soltara su primera chispa en las entrañas.

¿Por qué volvía a pasarle aquello? En teoría lo había controlado, o ya no le molestaba tanto como antes. ¿A qué se debía entonces? ¿Y por qué precisamente con ella? Tan alta, guapa y extravagante… Se sintió humillada. Ridícula.

—Vamos, déjame invitarte a un chocolate.

Beth se apartó con brusquedad y le lanzó una afilada mirada.

—Me voy —anunció, como si decirlo le ayudara a tomar impulso y salir del local.

De repente las piernas no le respondían. Tal vez era verdad que se iba a desmayar a causa de la visión. Al colgarse el bolso se tambaleó ligeramente y la chica hizo amago de sujetarla, a lo que se apartó con un mal gesto.

—¡Estoy bien! —exclamó, más para sí.

Cualquiera habría captado en el ambiente que no era momento de añadir nada más, pero al parecer la chica no era nada intuitiva y estaba decidida a conseguir su objetivo.

—Oye, tu nombre…

—¡Qué más te da! Si en una semana te vas a… —Cerró la boca de golpe, ya iba a pasarse, y todo por el malestar que subía por su estómago.

Empujó a la chica y salió a trompicones del Café del Mar, como si huyera, tenía toda la pinta de que lo hacía. Y lo que terminó de rematar su bochornoso comportamiento fue el grito que llegó desde la barra antes de que estuviera en la calle:

—¡Se va sin pagar!

# 1 - La Torre



*«No desafíes el destino porque la suerte no está de tu parte».*

Como buena fanática del esoterismo, a Lili se le daba bien creerse ciertas cosas. Sobre todo cuando se trataba de engañarse a sí misma. La fascinación por lo sobrenatural y lo inexplicable la hacían especialmente vulnerable a las ilusiones, y quizás por eso le encantaban las cartas del tarot.

Su baraja había sido cuidadosamente escogida, comprada y hechizada. En la tienda le hicieron un precio especial y le regalaron un péndulo, ¡un chollo! La dueña le dio sus primeras lecciones, el resto lo aprendió de forma autodidacta, con la prueba y el error. Bastantes errores. Pero de eso prefería no hablar.

—¡Lili, arriba! —La voz de su padre la sobresaltó e hizo que se incorporara de la cama como un resorte—. ¡No seas vaga y al menos levántate!

Tal vez no fuera el hombre con más tacto del mundo, pero lo intentaba, a su manera. El señor Joan Lunell podía parecer brusco con sus palabras, sobre todo con las personas que le importaban, aunque sus gestos mostraban su lado más amable. Como lo de dejarle el desayuno listo en la cocina, con su cacao instantáneo, leche fría y tostadas con mermelada de fresa.

—¿Y Cora? —preguntó antes de darle un buen bocado al pan.

Su padre iba de un lado a otro de la utilitaria cocina; tras terminar de fregar los platos de la primera tanda de desayuno, sacaba del armarito el detergente para poner la lavadora.

—Hace un rato que se fue al instituto —contestó—, tenía un tema con su profesora de Historia, algo de un trabajo que quiere que le mejore la nota.

Lili masticó con poco entusiasmo. Su hermana, la perfección hecha carne, la alumna de sobresalientes e hija de diez. A sus doce años se preocupaba demasiado, así que su obligación como hermana mayor era recordarle que todavía era una cría que debía disfrutar de la vida.

—Esta tarde iré a buscarla. —Sonrió con la boca oculta por la taza.

—Ni hablar, que luego vuelve a casa protestando y acabáis discutiendo, ¡como siempre!

—Yo solo quiero que se divierta —se defendió Lili—. ¿Qué tiene de malo llevarla a comprar ropa o al cine?

Su padre le lanzó una mirada afilada. Parecía que no iba a decir nada más y comenzó a tocar los botones de la lavadora. La máquina arrancó. Habló un minuto después.

—Si por ropa te refieres a los trapos fúnebres con escote que usas, mal vamos. Conoces de sobra los gustos de tu hermana, y no coincidís en ninguno. Y lo del cine, ¿cómo se te ocurrió meterla en una sesión de *La Matanza de Texas*? Lo pasó fatal.

—Exageras. Exageráis los dos —insistió ella, y lo señaló con el dedo—. ¡Vivimos en Sitges! Con el festival de cine fantástico y de terror más importante de Europa, lo suyo es que se empape de su cultura, ¿no?

—¡La pobre tuvo pesadillas una semana!

Lili sacudió la mano, restándole importancia. Estaba tan acostumbrada a ver actuar a Cora como una mujercita con su brillante futuro perfectamente trazado, que se le olvidaba que seguía siendo una niña que por las noches achuchaba a su pingüino de peluche Pingu.

—Vale, bien —cedió—, puedo buscar algo más… ¿suave?

—Una biblioteca o un museo, tal vez, o charla-debate de...

Lili puso los ojos en blanco ante las sugerencias de su padre.

—¿Y algo en lo que no vaya a aburrirme como una ostra?

Joan se encogió de hombros mientras recogía el desayuno que su hija había devorado en un santiamén.

—Encontrarás una actividad que compartáis, solo tienes que pensar un poco, a ver si funciona lo que tienes debajo de ese pelo pintarrajeado. ¡Ponte en pie, que tengo que barrer!

Lili obedeció a desgana. Con las prisas no se había puesto las zapatillas de casa y tenía los pies helados contra las baldosas.

—¿Pero tú hoy no trabajas o qué?

No sabía con precisión qué hora era, solo que su padre acostumbraba a salir de casa con Cora rumbo a la oficina. Ser administrador de fincas no era el sueño de su vida, pero les daba estabilidad y aseguraba el sustento. Además de dejarle tiempo para su afición, en singular, porque su padre tenía una obsesión de la que prefería no alardear mucho.

—Me he pedido el día, tengo que pasarme por el banco y también por Correos a enviar unos paquetes, y luego hay reunión de la comisión organizadora, así que volveré tarde.

Usó el mismo tono neutral en toda la frase, pero el brillo en los ojos hacia el final lo delató. Lili se lo calló y se quedó con la información importante: tendría la casa para ella solita.

—Y tú o te vienes conmigo o haces algo con lo tuyo, ¡que te veo las intenciones!

«Mierda». Se le había notado demasiado.

—Siempre das la lata con lo de cultivar nuestras aficiones, y yo tenía planeado hacerlo esta mañana, en el sofá… ¿No cuela?

—Ni de broma. —Su padre se puso erguido y señaló con el brazo el exterior—. ¡En marcha!

Resignada, Lili fue al cuarto a vestirse. Camiseta con generoso escote, minifalda y medias, completamente de negro, sin olvidar sus queridas botas con hebillas para completar el *look*. Se recogió la melena violeta en dos moños altos y se pintó gruesas líneas en los párpados. Los labios tendrían que quedarse como estaban, no había tiempo para más antes de que su padre volviera a gritarle.

—¿Llevas los papeles? ¿Y las llaves de casa? ¿Y el móvil cargado? —repasó el hombre mientras cerraba la puerta, con ambos ya fuera.

—Sí, sí y cállate, papá.

—Bien. —Empezó a bajar las escaleras hacia el portal, seguido de su hija. Él tenía una zancada más grande y enseguida la adelantaba —. Te veo para comer.

—Claro, ¿qué comemos?

—¡Comida!

Así se despidieron, emprendiendo caminos en direcciones contrarias, para alivio de Lili.

Por el barrio la conocían, pero cuando salía de su zona, las miradas se pegaban a ella inevitablemente, y eso que no llevaba su conjunto más atrevido. Lili se puso los auriculares inalámbricos, buscó en la aplicación de música su lista favorita y anduvo sin rumbo fijo. De forma automática, guardó la carpeta tamaño folio en su enorme bandolera con estampado militar. Eran los papeles a los que se había referido su padre, se trataba de un montón de currículos que repartía. O eso en teoría. La realidad era que llevaba más de un mes con los mismos insulsos folios encima, con una foto de su cara más neutral —sin maquillar ni el *septum*— y cuatro líneas de estudios. Experiencia, cero.

Se suponía que en las tiendas o locales donde lo entregaba debían guardar el documento, sin embargo, había visto a más de una encargada echar un vistazo y tirarlo a la basura sin miramientos. Era patético. ¿Y lo peor? Que se sentía tremendamente molesta. El último que entregó fue hacía unas semanas y desde entonces, ni uno más. ¿Para qué esforzarse? ¿Para recibir más miradas de lástima o, peor aún, de asco? ¿Para que le repitieran la misma frase de siempre de que todo se hacía por internet, con una sonrisita condescendiente, como si fuera una idiota por presentarse en persona?

Fue por la avenida de Les Flors y siguió hacia el carrer de l'Hort Gran, para bajar por la de Sant Sebastià. Lo propio era buscar las zonas turísticas, donde era más fácil que aceptaran a una chica de diecinueve años, sin estudios superiores y que no tenía claro qué

hacer con su vida. Pero estaba cansada, así que prefirió ir a su refugio particular.

Hacía un tiempo bastante desagradable, nada primaveral para mediados de junio, con un fuerte aire que sacudía los árboles del paseo y arrastraba el aroma a salitre, que se colaba entre los edificios. Al menos todavía era posible ir de negro sin sudar la gota gorda, como pasaría en unas semanas.

Podía seguir caminando hacia alguna de las playas, donde las primeras sombrillas y tumbonas de la temporada estaban siendo recogidas a toda velocidad ante el repentino anuncio de tormenta. Pero un feroz golpe de viento le advirtió que lo mejor era ir a un sitio cerrado, así que siguió andando hasta que vio la fachada y el cartel del Café del Mar.

El ambiente en el interior era agradable, había algo en sus paredes que lo convertía en un lugar reconfortante, amable con sus clientes. Lili lo sabía, se pasaba horas ahí metida. Entró con las últimas notas de *The Perfect Drug* de NIN en los auriculares.

—Buenas, ¿lo de siempre? —saludó uno de los camareros. Se llamaba Javi. Le leyó las cartas una vez; pronto encontraría al amor de su vida y montarían un negocio juntos.

—Todavía no, a ver si se acerca alguien.

Había logrado un acuerdo tácito con los empleados para quedarse en una mesa, sin molestar demasiado, y averiguar la fortuna de quien tuviera curiosidad. El truco era que, a cambio de una lectura, pedía un café, un capuchino a ser posible. Infinitamente mejor que dar vueltas por las calles y ser rechazada una y otra vez.

Se acomodó en un rincón, en una de las sillas de madera pulida, con los codos apoyados en la mesa de mármol blanco y patas de hierro. Del bolso sacó un paquete de tela morado que desenvolvió con cuidado. La baraja de tarot que ella usaba y guardaba ahí con mimo era la clásica de Marsella, con ilustraciones reconocibles, de fondo plano, dibujo simple y colores vivos. En ese mazo se daba mayor protagonismo a los arcanos mayores, figuras como la Sacerdotisa, la Emperatriz, el Loco… No solo por su simbolismo, sino por ser más vistosos a la hora de mostrarlos durante la lectura.

Cerró los ojos y tomó aire. Una de las bases de una buena tirada era su estado mental: debía estar relajada y perceptiva. Sacudió los hombros y acarició las cartas en silencio. No se recomendaba la lectura a una misma, pero hacía mucho tiempo que la situación de Lili se acercaba al precipicio. Igual que un vaso a punto de desbordar debajo del grifo, con el incesante caer de agua, la insistencia de su padre y la visión de un futuro en pausa.

Sus amigas del instituto se habían ido a la universidad, olvidándose de ella. Otras, las menos, prefirieron un trabajo sencillo, eso sí, lejos de Sitges y con intención de formarse para llegar más lejos. ¿Lejos a dónde? ¿Es que nadie estaba a gusto ahí? A veces tenía la sensación de que ahuyentaba a la gente, puede que fueran sus pintas. Sin embargo, cualquiera que se hubiese acercado a conocerla un poco, sabría que Lili era una mujer que solo buscaba pasar un rato agradable, lanzada cuando algo le llamaba la atención y cariñosa con los suyos. Aunque cada vez mostraba menos ese lado. Los que veían su carcasa de medias negras y tops atrevidos preferían quedarse con la imagen de niña inmadura y ruidosa. Nadie a quien tomarse en serio.

Lili contuvo el aire en los pulmones y lo soltó despacio. Pensó en su pregunta. Movió los labios sin pronunciar palabra:

«¿Será hoy el día en que todo cambie?».

Sostuvo la baraja boca abajo en una mano mientras con la otra sacaba una a una cinco cartas, colocándolas en línea en la mesa. Mantuvo los párpados cerrados, centrada en su duda, tratando de que no se inmiscuyeran sus deseos entre los arcanos y le dieran precisamente lo que ella quería. No, Lili necesitaba la verdad, aunque fuera negativa. Lo aceptaría. O lo intentaría.

Las figuras le darían un sí o un no sin miramientos.

Abrió los ojos y cuando se posaron sobre la mesa, una ráfaga de viento barrió las cartas, que cayeron al suelo. Lili maldijo en silencio mientras buscaba el origen que había echado a perder su tirada. La puerta se había abierto y una chica entraba en el café. La siguió con la mirada, al principio mosqueada y deseando saber lanzar el mal de ojo. Sin embargo, poco duró el enfado.

Había algo en su forma de andar o de moverse que la cautivó. Puede que fuera su actitud distante, como si solo deseara que la dejaran tranquila, lo que precisamente hacía que dieran ganas de molestarla. Y Lili era incapaz de rechazar la invitación.

Recogió las cartas y las sacudió con mimo, volviendo a mezclar la baraja. Su tirada estaba perdida, pero tenía otra en mente. Se aproximó a la recién llegada, que hundía la cabeza tras la pantalla de un ordenador portátil, y habló con el tono de voz más misterioso que pudo modular.

—¿Crees en el destino?

En el fondo ella sí creía, y sin duda una fuerza extraña la había atraído hacia una mujer que, en un día normal, habría ignorado. Era evidente que aquella joven aborrecía todo lo que a Lili le apasionaba, tenía aspecto de estudiante modelo de valores tan firmes como el palo que se metían por el culo. Vestía un conjunto soso de falda larga y camisa, su cabello castaño recogido en un moño y tenía la piel fina de apenas usar maquillaje.

Lili trató de sacarle el nombre o alguna información, pero lo único que obtenía tras cada pregunta era el teclear de sus dedos, cada vez más fuerte, en un rítmico «Lár-ga-te-Ya». Música para sus oídos. Así que pasó a la acción y puso en marcha su baraja del tarot, convencida de que le diría lo que necesitaba, y no se equivocó: estudiante universitaria, con familia unida, típicas dudas de carrera profesional y poco más. Muy normal. Entonces, ¿por qué seguía sintiendo intriga? Solo faltaba que la otra mostrara una pizca de interés para cazarla con una pregunta sobre su porvenir y animarla a hacer una segunda lectura, así lograría su café gratis del día.

No era su método habitual, a los camareros no les hacía gracia que presionara a los clientes, pero en ocasiones le tocaba trabajarse más a los incrédulos.

Además, había algo en la chica que había llamado su atención. Más allá de sus gestos de desprecio o bufidos de apatía, desprendía un aura que la tenía enganchada. Y cuando alzó los ojos y sus miradas se cruzaron, sintió un escalofrío. A través de las gafas, unos impresionantes y afilados ojos grises —¿o eran violeta?— la

observaban. ¿Quién era esa mujer que parecía a punto de espantarla a bofetadas?

Necesitaba saber más, por eso se frustró cuando bajó la tapa de su portátil y se levantó, con clara intención de marcharse sin abrir la boca. Alargó la mano para impedirlo y saltaron chispas. No como en las películas, sino de forma literal; fue como tocar un objeto con electricidad estática. La misma energía le transmitió con un simple roce, provocándole un suave picor en la punta de los dedos. Iba a hacer un comentario gracioso sobre ello cuando se fijó en que la chica estaba pálida. Lo primero que le vino a la mente fue su padre, que con la diabetes a veces sufría fuertes bajadas de azúcar y debía tomar inmediatamente algo para reponerse. Por suerte un sensor pegado al brazo le advertía con tiempo para evitar el susto, pero en el pasado llegó a presenciar cómo casi se desmayaba, blanco como el papel.

Así que le ofreció una bebida dulce, y a punto estuvo de ir corriendo a la barra y regresar con la cestita de los azucarillos. Sin embargo, la otra la rechazó una y otra vez. Iba a regañarla, ¡con la salud no se juega!, cuando vio que prácticamente se echaba a la carrera. Lo intentó una última vez.

—Oye, tu nombre…

—¡Qué más te da! Si es una semana te vas a…

Te vas a…

Te vas a…

Con el eco en su cabeza, como si una parte de su cerebro le avisara de que aquello era importante, la chica se fue.

—¿La conoces? —preguntó el camarero, Javi, que apareció a su lado en un segundo—. ¡Se ha ido sin pagar! Si estuviera el jefe me habría hecho salir corriendo detrás de ella, pero por un café…

—Lo pago yo —se ofreció Lili—. Así me deberá una.

El otro se encogió de hombros.

—Como veas, pero yo que tú iría pidiendo una consumición, que pronto viene el jefe y si te pilla en la mesa sin nada, me la cargo.

—Ya, ya, vale, pues ponme… —Bajó la vista a la silla que hacía un instante estaba ocupada—. Lo mismo que a ella.

Lili regresó a su lugar, donde se entretuvo barajando sus cartas hasta que le pusieron delante el café solo. Dio un sorbo y arrugó el morro.

—¿Te gustan las cosas amargas, mujer misteriosa? —habló a la taza—. Pues yo prefiero edulcorarlo un poco.

Acto seguido vació tres sobres de azúcar y probó de nuevo la mezcla. Contenta con el resultado, se lo terminó en dos tragos.

Repasó mentalmente la conversación, o más bien monólogo, y se arrepintió de haber sido tan agresiva. Cuando se emocionaba con algo —o alguien— tendía a ser un pelín intensa. Tal vez tendría que haberse mostrado más serena y menos atosigante. Seguro que si se hubiera largado habría hecho muy feliz a la chica, o mejor si no se hubiera acercado desde un principio. Se veía que era de esas personas solitarias a las que lo último que les apetecía era socializar con desconocidos. Y ella fue directa a molestarla. ¿Tal vez debía disculparse? Eso implicaba que daba por hecho que se volverían a ver. ¿No era bonito soñar con ello?

Aunque seguro que no sería un reencuentro amable. La otra ni le dirigiría una triste mirada y Lili se vería obligada a dar el primer paso. En el fondo no le importaba, le sobraba iniciativa, en especial en temas que le interesaban de verdad. Si era capaz de dedicarle horas de estudio a las cartas, podría esperar a verse de nuevo y ser quien llevara la voz cantante. Tampoco había ido tan mal, ¿no? Excepto por lo de salir huyendo tras tocarla.

Lili se acarició los dedos, tratando de evocar la sensación que le recorrió con el roce. Su mente racional le explicaba que el chispazo se debía al portátil, que la otra había estado usando, o aporreando, mientras intentaba charlar. No obstante, su lado del cerebro más intuitivo le señalaba que ahí había algo no lógico. Solía alardear de poseer un sexto sentido bien ejercitado, y con esa chica estaba que daba volteretas. Era absurdo, daba la impresión de ser la típica estudiante del folleto promocional de una universidad de prestigio; mona y culta, con la mirada fría, pero con una sonrisa que invitaba a confiar en ella y apuntarse a todas las optativas que recomendara.

Su sonrisa, ¿cómo sería?

Para cuando se dio cuenta, era la hora de ir a casa para comer. Y la mente de Lili bullía con la mujer misteriosa a la que le gustaba el café amargo, tecleaba muy rápido y tenía unos ojos que, estaba convencida, eran violeta. Igual que los de Elizabeth Taylor.

Estaba acostumbrada al rechazo y a las malas caras; no era nada nuevo para ella. Pero esta vez… Esta vez era distinto. Había algo en esa actitud, en la manera en que todo había ocurrido, que le hizo presentir el comienzo de una obsesión. Una de las fuertes. La última vez que le pasó se ventiló la saga *Crepúsculo* en una semana, libros y películas, y no hablaba de otra cosa. Su padre solo logró calmarla cuando la amenazó con quemarle la saga (aunque fue su hermana quien tiró uno de los libros a la basura y provocó una de sus épicas discusiones). Pero eran objetos, no personas. Lili no se obsesionaba con personas.

Se despidió de Javi y abandonó el Café del Mar, hacia un Sitges que había contenido la tormenta, aunque seguía con intensas rachas de viento que amenazaban con deshacerle el recogido, ya bastante maltrecho. En uno de los potentes soplos de aire se sujetó la bandolera militar y palmeó las cartas, comprobando que estaban a salvo y bien protegidas en su tela.

Si al menos supiera el nombre de la chica, podría preguntar…

«¡Qué más te da! Si en una semana te vas a…».

—¿Me voy a qué? —pensó en voz alta mientras cruzaba un paso de cebra. Un niño la señaló y la que debía de ser su madre le regañó.

«Me voy a…». No hacía falta ser muy listo para intuir la palabra que cerraba la frase. O puede que fuera su fantasiosa mente.

—Te vas a olvidar de mí —probó con la vista en el vacío, confiando en que sus piernas recorrieran solas el trayecto a su casa —. Te vas a casar. Te vas a caer. Te vas a resfriar. Te vas a m…

Un sonoro pitido la sacó de su ensimismamiento.

—¡¿Es que eres imbécil?! ¡Mira por dónde vas, que está en rojo!

El conductor de una furgoneta le gritaba desde la ventanilla. Al segundo, los cláxones de los vehículos de atrás le acompañaron, en una sinfonía que dañaba los tímpanos. Lili echó a correr, no le

apetecía tener un conflicto y era evidente que la culpa era suya. Casi la atropellaban por estar en las nubes.

—Ah —exclamó, y se detuvo en la acera, lejos de cualquier coche —. Claro.

Era tan simple que parecía obvio. No tenía lógica, pero en su cerebro las conexiones brillaban como las luces de un árbol de Navidad; y su tan adorado sexto sentido daba saltos para llamar su atención.

—Te vas a morir.

Unos chavales, con uniforme de instituto, la escucharon y le lanzaron una mirada que la enviaría directamente al manicomio.

Lili se dio un pescozón y se forzó a seguir caminando. Era ridículo, ¿cómo podía pensar que la chica de ojos morados diría algo así? Era extraño, porque no sonaba a amenaza, más bien a advertencia. Puede que sospechara que se distraía con facilidad y lo de acabar estampada en la carretera bajo las ruedas de un camión sería lo natural en ella.

No, no, para nada.

—¡Al fin! —la saludó su padre nada más entrar en casa—. Vamos a comer, o tu hermana no llega a la academia de inglés.

Lili asintió y fue a la cocina, donde los tres dieron cuenta de sus platos e intercambiaron una charla en la que ella no participó. Su padre se percató.

—Estás muy callada, ¿todo bien?

—Ehm, sí, perfecto —respondió, y se tomó otra cucharada de garbanzos fríos con atún, tomate y huevo.

—¿Qué tal la salida de hoy? ¿Algún avance?

—No.

Fue cortante, pero le repateaba que la manera de sacarle conversación fuera hablando de su inexistente vida laboral o de las metafóricas patadas que la vida le estaba dando.

—Han abierto una tienda de ropa en el barrio —murmuró su hermana Cora, sin levantar la vista del plato—. Por probar.

«¿Llevas todo el día sin decirme ni mu y lo primero que sueltas es eso?».

A su padre se le iluminaron los ojos, casi lo veía escribiendo una carta de recomendación o acompañándola a entregar el currículo, ¡eso sería lo último para humillarla! Así que contestó antes de que se le ocurriera ofrecerse a ello.

—Genial. —Fingió una sonrisa—. Mañana mismo me paso.

Terminó de comer y recogió, con intención de irse a su cuarto para encerrarse. Lo ocurrido en el Café del Mar todavía daba vueltas en su cabeza. Se sentó sobre su cama, con las piernas cruzadas, y sacó la baraja. Podía preguntar, pero la respuesta no valdría, estaba demasiado inquieta para que fuera sincera consigo misma y las cartas solo le dirían lo que quería escuchar. ¿Entonces? Lo mejor era ir a la fuente.

Lili tomó aire y relajó los hombros. Debía confiar en que se volverían a ver y, en ese momento, le preguntaría qué quiso decir. Y, lo más importante, cómo lo sabía.

# 2 - La Sacerdotisa



*«Ella, paciente y constante, aconseja».*

En la Floristería Carme faltaban manos y sobraba nervio. Con la celebración del Corpus Christi a la vuelta de la esquina, la mayoría de pedidos estaban finalizados y los paquetes florales encargados. Carme era una mujer a la que le gustaba tenerlo todo controlado y listo de antemano, y más en un momento tan importante para la ciudad y los vecinos.

—Ana, *per l'amor de Déu*[1], contesta al teléfono, ¡el ruido va a volverme loca! Y luego termina de organizar lo del almacén. ¡Ah! Y confírmame que mañana recogen los claveles o no habrá sitio para más el fin de semana. ¡Vamos, Ana, el teléfono!

La voz de Carme se escuchaba desde fuera de la tienda y Beth puso los ojos en blanco antes de entrar. Su madre no estaba de humor.

—Beth, *carinyet*[2], ya era hora de que aparecieras, que estamos a tope.

Carme la esperaba con un pequeño cuaderno junto al escaparate. Apenas solía estar detrás del mostrador y menos manejando el ordenador.

Siempre decían que físicamente era igual que su madre, solo que con veinte años menos, de arrugas y de mal carácter. Ambas tenían

el cabello castaño, aunque su madre lo llevaba muy corto, con la nuca al aire, y lucía pendientes de enormes bolas azules. El estilo de vestir también difería; para Carme los vaqueros anchos y camisas arremangadas formaban parte de su uniforme personal como encargada del negocio. Beth no recordaba haberla visto usar falda o tacones nunca.

—Perdona, mamá, pero yo no…

—Ve atrás.

No hubo forma de replicar, así que obedeció. Sabía de sobra que ya no trabajaba ahí, ni siquiera en verano para echar una mano, como llevaba haciendo desde que tenía conciencia. Hizo un trato con su madre: si entraba a la universidad, cambiaría el trabajo por los estudios. Solo que el grado que eligió no le hacía mucha gracia a su progenitora, y dio por anulado el acuerdo de forma unilateral.

—Hola, Paco —saludó al hombre que cargaba con dos grandes sacos de tierra para dejarlos al fondo.

Se conocían de toda la vida, desde que tenía uso de razón. Su madre y él siempre habían trabajado juntos, así que Beth lo consideraba como parte de la familia.

—Hola, Beth, ¿qué tal las clases?

—Bien, ¿y en el vivero?

—Genial, no paramos.

—Me alegro.

Como Beth no tenía claro para qué la necesitaba su madre o por qué le había enviado el mensaje pidiendo, no, exigiendo su presencia en la tienda inmediatamente, echó un vistazo a las estanterías. Cubos de agua llenos de claveles rojos, amarillas flores de San Juan y gerberas en naranja, rosa y blanco esperaban a que fueran guardadas en la cámara frigorífica para su conservación. Flores con pétalos de vivos colores que en una semana llenarían el suelo de las calles de Sitges por el Corpus Christi.

Las alfombras florales eran una tradición que convertía la floristería de su madre en un saturado enjambre de mujeres de distintas asociaciones que participaban con su propia obra artística temporal. No solo instituciones colocaban sus alfombras, también había de colegios, colectivos vecinales y hasta tiendas. Cualquiera

con ganas de estar tirado en el suelo durante horas, dejándose las rodillas para poner una a una las dichosas flores, se podía apuntar.

Cada año era igual. Carme se volvía loca para cumplir con todas las comandas a tiempo, echaba horas de más y dormía menos, alimentando una mala leche que después pagaba con ella y su padre. Normalmente contrataba a un par de dependientas más, así que ver sola a Ana le dio una pista de lo que su madre podía requerir de ella.

Como si la hubiera invocado de un simple pensamiento, la aludida apareció en la trastienda, secándose las manos con un trapo tras manipular las plantas frescas.

—Beth, qué bien, ¿y si coges el delantal y…?

—No, mamá, ya hablamos de esto —la interrumpió, tajante.

Pensó que la expresión decepcionada de su madre le dolería, pero se reafirmó al escuchar cómo Ana maldecía desde el mostrador. Debía de estar sin clientes, pues alzó la voz para que Carme la escuchara:

—¡El pedido no entró! Ahora tardará un par de días más.

Su madre se giró y gritó hacia la puerta que daba a la tienda.

—¡Cómo que un par de días! ¡Necesito esos claveles para ayer! Tú espera aquí —le ordenó, y sus ojos, del mismo tono lila que los de ella, parecían echar chispas—, que todavía tenemos que hablar.

Beth resopló cuando su madre salió para pelearse con el ordenador, todo para acabar llamando por teléfono. Notó una cálida palmada en el hombro y se volvió para encontrarse con la mirada amable de Paco.

—Tardará un rato, así que aprovecha y haz algo que la anime.

—¡Pero…!

—Ya, tú tienes razón y ella, no —continuó el hombre, corpulento y que le sacaba una cabeza, con el corazón tan grande como su pecho—. ¿De qué sirve? Piensa.

Y pensó que era verdad. ¿Qué utilidad tenía? Al final, si seguía por ese camino, discutiría con su madre, las dos acabarían enrabietadas y no se hablarían en un par de días, hasta que se distrajeran con otras vicisitudes de la vida. Aunque, claro, en dos días podían pasar muchas cosas.

O en una semana.

No conseguiría nada con su madre enfadada, lo mejor era mantener la cabeza fría y aceptar el consejo de Paco, que, sabiamente, se había marchado tras dejar la mercancía.

—Podría ordenarlo un poco… —se dijo.

Así que, en contra de lo que había proclamado, se puso el delantal de trabajo y se centró en llevar cada cubo a la cámara frigorífica. Normalmente no guardaban tanta mercancía fresca, pero muchos clientes habituales y nuevos se preparaban para el Corpus con antelación y querían contar con las flores. Comprobó que la temperatura era correcta y organizó los tiestos con calma. Diez minutos después, a pesar de la baja temperatura, ya sudaba por el esfuerzo.

Beth no era muy fan del Corpus, en general de ninguna celebración popular. Todo lo que implicara mezclar tradiciones religiosas y aglomeraciones de gente le daba alergia. Sin embargo, se trataba de uno de los momentos clave para la economía del negocio familiar, por lo que era común que su madre le pidiera ayuda. O más bien se lo ordenara. Desde que tuvo fuerza para tirar de los sacos o mover cajas, Carme la puso a trabajar en sus ratos libres.

Entre semana la dejaba tranquila para que pudiera centrarse en el colegio o instituto, pero los fines de semana y los festivos nunca fueron de descanso para ella, al menos no en los que la tienda abría.

Poco a poco su madre le fue cediendo la zona del mostrador, en especial por su control con el sistema de cuentas y cualquier programa que implicara más de un par de clics. No obstante, lo de tratar con los clientes lo llevaba peor. Lo de la charla vacua para intentar vender más o afianzar las visitas no era lo suyo. Y, si su sexto sentido le advertía que la persona en cuestión tenía los días contados, menos.

Era extremadamente duro hablar con alguien como si nada sabiendo que se iba a morir.

Tal vez aquel ir y venir de recuerdos hizo que pensara en la chica del Café del Mar. O puede que fuera el tiesto de buganvillas moradas que estaba regando. Su intenso color le evocó el de los mechones

tintados de la tarotista. Beth sonrió de medio lado al repasar su desastrosa tirada de cartas y cómo insistía en intentar sonsacarle su nombre, o cualquier información, y ella se negó siquiera a dirigirle la mirada.

¿Había sido demasiado borde? Tampoco estaba obligada a mostrarse agradable, ¿verdad? Había invadido su espacio personal de forma bruta, exigiendo su atención una y otra vez, cuando lo único que ella quería era calma y soledad.

Además, no convenía relacionarse con muertos.

«Vale, ella todavía está viva», se corrigió.

Por ahora.

—Ay, *carinyet*, qué bien me vienes —dijo su madre nada más poner un pie en la trastienda.

—Bueno, es por lo que me habías llamado, ¿no?

Beth se encogió de hombros con resignación. Había conseguido que no sonara como un reproche, lo cual era una pequeña victoria.

—Ah, no, quería enseñarte esto.

Carme le mostró la pantalla del teléfono móvil, con una imagen brillante.

—¿El cartel de Corpus? —La chica enarcó una ceja—. Ya, sé que es la razón por la que estás tan histérica, es la misma historia de todos los años.

—¡No! ¡Esto!

Pasó las fotografías hasta que se vio el de los participantes en las distintas alfombras florales que el próximo fin de semana, 22 de junio, tendría lugar. Beth tuvo que coger el móvil y hacer *zoom* para creérselo.

—¿Por qué está el logo de la tienda? ¿Es que eres patrocinadora?

—Qué va, ¡participamos!

Su madre estaba a punto de dar brincos de emoción.

—¿Cómo que participamos? ¡¿En plural?!

Iba a sufrir un ataque de ansiedad. Si de por sí su madre se convertía en un alocado enjambre de avispas a causa de las alfombras, participar provocaría que estallara. Y salpicaría a toda la familia. Sin olvidar lo que había visto en el Café del Mar y todavía necesitaba asimilar.

Carme vio el pánico en el rostro de su hija y se permitió una media sonrisa indulgente.

—Tranquila, que tú no tienes que hacer nada —la calmó.

—Pero ¿cómo se te ocurre meterte en eso? —continuó con tono agudo Beth—. ¡Vas a acabar chiflada!

—Vamos, *carinyet*, dame un voto de confianza, ¡será divertido!

—Creo que no tenemos el mismo concepto de diversión, mamá.

Carme torció la boca y se encogió de hombros. Su hija poco tenía que hacer, pues la decisión estaba tomada, y así se lo hizo saber:

—Me importa un pimiento, lo haré igualmente. Llevo años viendo cómo todo el mundo se organiza y piensa en sus dibujos con flores para este día. Creo que es hora de formar parte de la fiesta, dejar de ser una observadora más y meterme en el fango. O a este paso me jubilaré sin saber lo que es una alfombra de verdad. Además, no estaré sola, Laura y una amiga suya van a venir ¡voluntariamente!

—Ya…

Beth no quería, pero debía admitir que tenía razón. ¿Quién era ella para negarle a su madre esa ilusión? Resopló y se giró a la estantería, pintada de un arcoíris de colores.

—¿Y lo tienes todo pensado? —interrogó—. ¿El diseño? ¿Las flores que usarás?

—Pues sí, así que no te preocupes por nada. Tu madre sabe apañárselas. —Chocó su hombro con el de su hija, ambas de la misma estatura—. Y prometo no volverme loca.

Beth asintió con la cabeza y bajó el tono de voz.

—¿Por casualidad no irás a usar claveles amarillos?

—No son mis favoritos, ¿por qué?

—Esta mañana he tenido una visión.

Hubo una pausa en la que Beth cerró los ojos y tomó aire. El aroma a humedad se clavó en sus fosas. Era el olor de su hogar. Así como había pasado horas trabajando codo con codo con su madre, también lo hizo compartiendo sus pensamientos y, entre ellos, el secreto de la familia que solo las mujeres heredaban.

Carme acarició con mimo la espalda de su hija y le dio un empujoncito hacia el fondo de la trastienda, donde una mesa plegable y un par de sillas servían para huir de los clientes al

mediodía. Le ofreció una pequeña botella de agua que Beth aceptó. Era del tiempo, pero tenía la boca seca. No sabía si de la tarea o de algo más.

—Cuéntamelo —pidió su madre, y ella accedió.

Le habló del Café del Mar, de la chica de pelo morado que creía que sabía leer las cartas del tarot, de lo que sintió al tocarla. Lo que vio.

—Así que claveles amarillos —retomó la palabra Carme.

Beth se había terminado la botella y se entretenía despegando la etiqueta.

—Tampoco es que lo que has visto ayude mucho, *carinyet* —continuó, con sinceridad—. Gente, ruido, caos… Podría ser cualquier cosa.

—Mamá, ya hemos pasado por esto y es más sencillo de lo que parece, siempre me lo dices. ¿Qué hay en una semana? ¿Qué encaja con las flores y el montón de gente? —Alzó las manos, como si sostuviera la respuesta ante ella—. Las alfombras del Corpus. Entonces…

—Entonces ella morirá.

Beth cabeceó. No quería ponerlo en palabras, aunque sabía que era inevitable. A pesar de lo que se esforzara por esquivar el destino, al final, ocurriría, lo quisiera o no, por mucho que intentara...

—Beth, para. —Carme puso la mano sobre la que hacía trizas la etiqueta del agua—. Conozco esa mirada, no saldrá bien.

—No he abierto la boca.

—Ni falta que hace. Esta conversación ya la hemos tenido, ¿no?

Beth se recostó en la silla, asumiendo que tocaba rememorar una charla bastante incómoda.

—Sí, justo poco después de hablarme de la menstruación y los condones, fue una semana muy instructiva.

—¿Qué culpa tengo yo de que nuestro don aparezca con la alteración hormonal?

—¿Don? Más bien maldición.

—Beth, *carinyet*…

—¿Qué, mamá? ¿Vas a echarme la bronca otra vez? ¿Decirme que me olvide? ¿Que no se puede hacer nada? ¿Que busque alguna

distracción o lo que sea antes de que me obsesione?

Carme se permitió sonreír de lado.

—Para qué me lo cuentas si ya sabes lo que viene después.

—Pues, no sé, tal vez es diferente, tal vez esta vez sí…

—No, Beth. —Fue rotunda—. No permitiré que vuelva a suceder, ¿me entiendes?

Ni su padre daba tanto miedo como ella cuando se ponía seria, y con el tema de sus extraños poderes, se volvía tremendamente firme. Beth ya no era una niña y sabía lo que ocultaba su voz grave y con un toque amenazador.

—Lo sé, lo haces por mi bien —resopló y se atrevió a mirar de soslayo a su madre—. Pero es tan… frustrante.

Carme soltó el aire por la nariz y se incorporó. Se acercó a su hija y la abrazó, dándole un beso en lo alto de un moño medio deshecho.

—Te entiendo, mi niña. Te entiendo perfectamente. Por eso no lo echo de menos.

Generación tras generación, las mujeres de su familia habían heredado la capacidad de detectar a las personas a quienes les quedaba una semana de vida. Intuición o sexto sentido, ninguna de sus antepasadas había dejado por escrito indicación ni explicación del origen de su certeza o «don». Beth siempre lo había considerado una muy molesta marca de nacimiento. O más bien una huella genética que le provocaba insomnio, pesadillas y mareos.

Había quienes tenían el colesterol alto por culpa de su padre, o que andaban con la tiroides fastidiada y debían medicarse. A ella le había tocado otro tipo de mal, no detectable en las analíticas y sin pastillas que le aliviaran. Ya lo había probado y nada servía para detener las visiones.

Solo había una solución: enamorarse.

No, la historia se volvía todavía más rocambolesca, debía también ser correspondida. Porque no bastaba con sentir que los pies flotaban y la vida daba un vuelco —o eso le había contado su madre—, sino que además la otra persona tenía que estar tan embobada como ella, ser capaz de desear compartir cada estúpido

instante juntos y que se planteara perder el tiempo juntos. Hasta el final.

Porque, claro, si ella sabía que a la persona amada le quedarían unos días de vida, movería cielo y tierra para cambiar el destino. Nadie quiere ver morir a su pareja y sería lógico cometer alguna locura para evitarlo. Alguien de su familia debió perpetrar una bastante gorda, pues desde ese momento hubo un cambio drástico en su maldición. En cuanto surgía el amor, desaparecía.

Entre las mujeres de su pasado se explicaba que debía ser un amor sincero y puro, bueno y amable, tierno y dulce. En otras palabras, nada de un romance exprés de discoteca. Un amor de los de verdad, de cuento de hadas o de película Disney, de los que hacía estremecer las entrañas y pensar en gusanos alados pululando entre el estómago y los intestinos.

A pesar de que Beth lo había visto con sus propios ojos, no creía en el amor. O no del todo.

Cierto que su madre ya no tenía el poder. Desconocía el momento en que su marido iba a morir. A menos que, en teoría, Beth lo viera y se lo chivara. Pero no, el amor marital era tan inmenso que afectaba a la familia ascendente y descendente, así que no tenían visiones de ellos mismos.

Pero nada de ello lo podía demostrar a menos que faltara una semana para que alguien con su apellido se fuera al otro barrio. Todo eran suposiciones. No obstante, su madre le insistía en que debía tener fe en que un sentimiento fuese capaz de romper las cadenas que la ataban a las visiones que le aterraban desde su adolescencia. A lo que ella solía responder poniendo los ojos en blanco.

—Entonces, ¿vendrás?

Carme hizo la pregunta a sus espaldas, agachada y sin mirarla. Se había puesto a recolocar las macetas que Beth había tratado de ordenar unos instantes atrás. Manías de su madre.

—¿A dónde? —Las conversaciones con tanta reflexión de por medio la desubicaban. Sobre todo, cuando hablaban de su particular poder.

—¡A qué va a ser! A la alfombra, al Corpus. ¿Vendrás a vernos?

Esta vez Carme se había volteado y la miraba desde abajo, con un extraño brillo en los ojos que creyó interpretar como emoción o deseo. Tal vez ilusión. Era evidente que su madre tenía ganas de participar en el concurso y querría compartirlo con los suyos.

—¿Lo sabe papá?

La florista disimuló una media sonrisa.

—Fue él quien me lo sugirió.

«Por supuesto, ¿cómo no había caído en la cuenta?», se reprendió. ¿Quién iba a estar detrás de la última excentricidad de su madre? Su otra mitad. Nada mal para un enfermero que lograba encajar sus horarios con los de su esposa.

Beth se quitó las gafas y frotó el puente de la nariz con fruición. Apretó los labios, abrió los ojos y se encontró con los de su madre.

—De acuerdo, iré. ¡Pero! —La exclamación interrumpió a su madre, que se había incorporado de golpe y parecía tener claras intenciones de abrazarla con excesivo entusiasmo—. No te ayudaré, nada de llevarte flores o patrones o tierra o palas, ¡nada! Recuerda nuestro trato, mi prioridad son los estudios, nada de la floristería. —Hizo una pausa en la que se escuchó a sí misma y pensó que tal vez estaba siendo demasiado dura. Ya era tarde. Tampoco se arrepentía, pero puntualizó—: ¿Estarás bien?

—¡Sí! Como te he dicho, Laura y una amiga me echarán un cable, le ofreceré a Ana que se una y le pagaré un extra por las horas, seguro que lo agradece. Llevaré un termo de café y tu padre nos traerá unos bocadillos para coger fuerza, que no podremos movernos de ahí en horas hasta que terminemos el dibujo floral. ¡Tengo unas ganas! He hecho unos bocetos, no sé si son buenos, ¿podrías echar un vistazo? Admito que tienes buen gusto, seguro que ves algo que yo no…

Siguió y siguió, como un grifo estropeado que no se podía cerrar y el agua saliera a borbotones de su boca en forma de cientos de miles de palabras. Beth aún se sorprendía de lo poco que se parecían, pues no recordaba la última vez que usó más de un par de frases para comunicar lo que necesitaba. ¿Quién más querría escuchar lo que tenía que decir? ¿Para qué malgastar tanto aire? Y

tiempo. Tan escaso y limitado. Sobre todo para cierta chica de pelo morado.

—Bien, sin problema, pero nada de flores amarillas, por favor.

---

**1** Por el amor de Dios

**2** Cariño

# 3 - La Emperatriz



*«Ella, inteligente y práctica, actúa».*

Las mesas del Café del Mar eran de mármol pulido. Se notaba que cargaban décadas de uso sobre sus patas. Lili a veces fantaseaba con la cantidad de personas extravagantes que habrían pasado por ahí. Tal vez algún anarquista, de los que ponían bombas en los tiempos de Franco, o algún señorito pijo que se creía dueño del suelo que pisaba. Una vez le dijeron que en la esquina en la que ahora estaba el aparador, hubo un piano.

Sí, las mesas eran antiguas y le gustaba su tacto, pero también necesitaban más de una pasada para quitar la sensación pegajosa que dejaban los anteriores clientes —sobre todo cuando la mesa la ocupaba ese crío chillón que siempre iba con su abuelo—; y el entorno para su tirada debía estar en condiciones impecables para predecir el futuro, o intentarlo. Lo último que necesitaba era restos de patatas bravas o cerveza en sus preciosos arcanos.

De la bandolera sacó una toallita húmeda —complemento básico para el bolso de una chica, junto al espray de pimienta— y repasó la mesa, a pesar de que Javi, el camarero con el que mejor se llevaba, había ido con el paño hacía unos minutos. Manías de tarotista.

Desenvolvió con cuidado las cartas y apartó la tela, doblándola de nuevo, a su izquierda. Irguió la espalda, cerró los ojos y tomó aire despacio. Muy despacio. E igual de despacio lo soltó. Con las

cartas aún en la mano, colocó la otra palma sobre estas y se concentró. Visualizó su energía, como hilos invisibles que la conectaban con el mazo, capaces de invocar lo que su corazón le pedía. Un deseo, un sueño, una pregunta. Lo que fuera. Sabía que sus cartas se lo darían. O debía creerlo para que así fuera.

Recordó a la chica. Su cabello castaño recogido en un moño casi deshecho y los ojos violeta tras las gruesas gafas de pasta, la visualizó rechazando cada una de sus palabras sin abrir la boca. Veía su expresión de pocos amigos y su postura molesta, rozando lo físico. Rememoró su figura delgada y el estilo clásico, demasiado tradicional, pero que le favorecía. Pensó en sus manos, en la sensación eléctrica cuando se tocaron. Lili se humedeció los labios.

No tenía su nombre, pero tampoco lo necesitaba para invocarla. Al menos en sus cartas.

—¿Vendrá?

Acarició la que estaba en lo alto del mazo con lentitud. Había varios tipos de tiradas para las preguntas de sí y no, incluso podría valerse de su péndulo. Pero hasta la cuestión más sencilla requería de una concentración absoluta y, en ese caso, el uso de varias cartas. Porque siempre había matices. Sin embargo, Lili prefería hacerlo a su manera.

Abrió los ojos, lista para conocer la respuesta. Los dedos tamborilearon sobre el mazo y tironeó de la primera. Quería un sí, y eso era peligroso, porque su propio deseo podía influir y cambiar el significado de las cartas, así que debía pensar en un no. Solo que era incapaz de aceptar una negativa. ¡Realmente quería verla! Tal vez acercarse, intentar charlar, tomar algo juntas, insistir para que le dijera su nombre…

No, no, estaba claro que si no quería que saliera espantada, lo mejor sería mantenerse serena, distante, nada de invitaciones ni de acosarla. Nada de agobiarla, de darle la lata con hacerle una tirada o por qué le dijo aquello:

«¡Qué más te da! Si en una semana te vas a…».

Habían pasado dos días desde entonces, con sus dos largas noches y sus miles de dudas y posibilidades. ¿Quién era capaz de soltar semejante afirmación como si nada? Una ocultista como ella

se cuestionaría todo, tanto de sí misma, como de la chica misteriosa. Por lo que era esencial que lograra alguna solución si no quería terminar enloqueciendo. Le bastaba con una explicación, por mínima que fuera.

Así que, sí, estaba ansiosa por verla. Haría lo posible por no atosigarla, aunque no prometía nada. Porque si le dijo aquello, se trataba de algo que la implicaba, por lo que era de su incumbencia, es decir, ¡tenía derecho a exigir saber más!

Palpó las cartas con cuidado una vez más, antes de rozar con mimo la que estaba en lo alto, dispuesta a girarla.

«Ojalá sea un sí».

El tono de llamada de su teléfono la interrumpió. Adiós concentración.

Los conocidos acordes de *Smoke on the Water* resonaron en la calma de la cafetería. Era su padre.

Se permitió un segundo para posar su valioso tarot sobre la tela que lo protegía y contestó a la llamada, con un exagerado bufido.

—¿Qué pasa, papá?

—Hola a ti también, cielo —replicó el hombre, se le notaba agotado—. Aquí hemos terminado con los deberes y pronto me pondré con la cena, ¿vas a tardar mucho? Acércate a la panadería antes de que cierren y pide un par de barras de integral.

De ahí venía la voz cansada. Su padre era de los que se implicaba con sus hijas, pero lo hacía de verdad. Comprobaba que los deberes estuvieran hechos y, para ello, las ayudaba. Se conocía los nombres de sus profesores, los libros de cada curso y marcaba en el calendario familiar las fechas de los exámenes. Lili sabía que a ella ya la había dado por perdida al haber dejado los estudios tras el instituto. Cora, por otro lado, era buena en lo suyo y tenía pinta de ser de las pocas en la familia que acabaría en una universidad. Sus padres se quedaron a las puertas y ella nunca tuvo la intención, lo dejó en cuanto pudo librarse de la obligación de estudiar, así que las esperanzas estaban puestas en la pequeña de la casa. El tiempo que no pudo asistir a clases por estar ingresada ni se notó, su cabeza estaba muy bien amueblada y su padre se encargaba de sacarle brillo, mientras Lili miraba desde la distancia.

—Pronto iré a casa —contestó, y miró la carpeta de folios que le pesaba como una losa—. Me quedan… un par de locales donde entregar el currículo.

—Bien. —Hubo una pausa—. Es buena idea probar a visitar las tiendas también a estas horas, tal vez pillas algún encargado o así, ya sabes.

—Sí, sí, ser encantadora y sonreír. Lo sé, papá.

—Genial, nos vemos luego.

—Adiós.

Lili colgó a desgana. No le gustaba mentir a su padre, y que se le diera bien era un problema. La verdadera razón por la que había salido por la tarde no fue para arrastrarse con sus papeles a negocios donde le harían un doloroso repaso visual, sino para ir directa al Café del Mar. ¿La causa? La chica misteriosa, por supuesto.

El día anterior se pasó por la mañana, como cuando se vieron por primera vez. Estaba dentro del horario habitual de Lili, por lo que no le supuso ningún inconveniente apalancarse el tiempo que hiciera falta hasta la comida. Sin embargo, no hubo señales de la otra, así que probó a cambiar de hora. Que no la hubiera visto antes no quería decir que no volverían a coincidir, ¿no? Tan solo no acertaba a dar con ella. Era suficiente con esperar un poco más.

Miró el reloj, eran las siete y media.

Esperaría otro poco más.

Recuperó sus cartas y comenzó a mezclarlas con cuidado. Estaba pensando en la chica otra vez, dispuesta a realizar la misma consulta, cuando, de pronto, la vio. ¿Cuándo había entrado? Estaba en una de las mesas del fondo, cerca del billar, donde un grupo de chicos montaban escándalo y se les oía bramar sobre la importancia de la amistad y alguna chorrada más. De hecho, si no hubiera sido por los gritos del grupito, no habría ni levantado la cabeza, pero gracias a ellos dirigió ahí su mirada, y vislumbró el perfil de la chica de gafas.

En cuanto Lili estiró el cuello, la otra se encogió, como si pretendiera esconderse. ¡Pero bueno! Menudo desastre disimulando, desde luego no valdría de espía.

Lili contuvo una sonrisa y se puso a barajar las cartas de forma distraída. También le ayudaba a pensar.

¿Ir o no ir? Esa era la cuestión. Tal vez podría hacer señales para que se acercara. ¡Mejor! ¿Y si le daba un susto y aparecía de repente a su lado? Cualquier cosa le valía menos el impulso que estaba reprimiendo, que no era otro que el de dar botes de alegría y rogarle que se sentara con ella. Tantas posibilidades y tan pocas opciones de salir de la cafetería con dignidad. Porque Lili estaba dispuesta a lo que hiciera falta para regresar a casa con sus respuestas.

Eso sí, antes consultaría a sus amigas de cartón de confianza.

Con la mente más calmada, pudo concentrarse mejor y realizar una tirada decente y más amplia, sin limitarse a un «¿vendrá?». Prefirió un:

—¿Quién es ella?

Sabía que se enfrentaba a una puesta en mesa complicada, la consulta así lo requería. Colocó las cartas boca abajo, en tres filas que representaban el pasado, presente y futuro. Una carta más en lo alto, como un resumen del resto de arcanos.

Lili inspiró de manera profunda, se colocó detrás de la oreja un mechón morado que escapaba de una de sus coletas bajas, y comenzó a dar la vuelta a las cartas una a una.

En su pasado vio dolor y aprendizaje. La Torre se alzaba reforzando heridas morales y hundimiento emocional. El Ahorcado hablaba de una pérdida y un mar de incertidumbre. Había gente cercana que se preocupaba, era su familia. La Emperatriz le sugería una figura materna protectora.

En el futuro estaba el Mundo, que aseguraba el éxito sobre cualquier obstáculo. Simbolizaba lo perfecto, estable y duradero. También el Carro, con una evolución tras las pruebas. ¿Qué pruebas? Llegaría una nueva fase tras una lucha, a menudo solitaria. La persona implicada, según la Luna, sería alguien soñador e imaginativo.

Y en el presente se mostraba el Mago, el principio de una nueva acción, una novedad, un reto, pero que necesitaría de cautela y reflexión, según la Sacerdotisa. El Loco invertido le revelaba que

estaba dando vueltas sin rumbo en busca de un objetivo o que había tomado el camino equivocado. Una obsesión peligrosa que acarrearía la desilusión.

Por último, giró la carta que servía de significado general de la lectura. Era como una palabra clave, una idea que englobaba todo. Se trataba de la Muerte.

—Cómo no. —Se toqueteó el aro de la nariz, pensativa.

Aquella carta se repetía, también salió en la improvisada tirada del día anterior. Sin embargo, esta vez sí sentía que había logrado atinar con la voz de las cartas. La Muerte se lo demostraba.

Arcano de la transformación, tras la pérdida tocaba recuperarse y ascender, inicio de una nueva época, un salto cualitativo frente al cual uno puede sentirse poco preparado. También representaban los secretos, la oscuridad, el misterio que atrae la noche. Implicaba una despedida antes de un saludo, una pérdida para después recomponerse. Segar el ayer para un brillante mañana.

Lili apoyó los codos en la mesa y hundió el rostro en sus manos. Se masajeó las cejas sin abrir los ojos. Demasiada información. ¿Y cuánto era real? Ella misma podría haber afectado al resultado solo por estar pensando en la chica de gafas, por su deseo de que el misterio fuera real.

O tal vez todo estaba en su imaginación. Quizá la chica misteriosa no era más que una universitaria aburrida que perdía el tiempo en la cafetería con su portátil de alumna ejemplar. Puede que solo hubiera pretendido insultarla por molestarla y se callara en el último instante, dando lugar a unas palabras ambiguas y sin sentido, pero que en su cabeza sonaron proféticas. Tendía a sobreimaginar las cosas, a lo mejor estaba tan ahogada que lo único que buscaba era algo de emoción en unos ojos violeta que prometían océanos de magia.

—Bueno, solo hay una forma de descubrirlo —se sermoneó mientras recogía las cartas y las guardaba en su bolso con cuidado —. Es hora de hacer frente a tu destino.

Terminó y se incorporó, cuando se dio cuenta de que la chica no estaba en la mesa junto al billar. Rastreó la sala en un vistazo, y se

fijó en una falda verde y un moño casi deshecho huyendo por la puerta. No se lo pensó dos veces y salió a la carrera detrás de ella.

El sol todavía no se había puesto y un tono dorado empapaba los edificios de Sitges. La humedad del mar se pegaba a la piel, con un calor de verano que pronto sería asfixiante. Lili miró a un lado y a otro de la calle, con las coletas golpeando sus mejillas en el gesto. ¿Dónde diablos se había metido? De nuevo el filo de la falda asomó por un callejón, y siguió su estela.

En apenas unas zancadas se la encontró. Caminaba con pasos acelerados, su falda larga bailaba alrededor de sus piernas y una camiseta de manga corta blanca se ajustaba a su contorno. Llevaba una mochila de cuero marrón, seguramente ahí iría su ordenador, y andaba con los puños cerrados. Movió la cabeza lo justo para que sus ojos se encontraran y aumentó el ritmo.

Caminaba con —casi seguro incómodas— sandalias de tacón; por contra, Lili llevaba unas Converse, así que estaba más preparada para correr. Y lo hizo.

—¡Eh!

Esprintó antes de que la otra tuviera oportunidad de escaquearse. Se encontraban en una calle estrecha entre comercios y, a pesar de ser una zona turística, a esas horas estaba vacía. Mejor, más intimidad, o cualquiera pensaría que acosaba a la pobre mujer. «Bueno, tal vez un poquito sí», se dijo.

Ni en los eventos deportivos del instituto había corrido tanto. En un parpadeo se plantó frente a la chica y la acorraló en el hueco de un portal. Ella dio un respingo que a Lili se le antojó encantador. Fue como ver un pequeño hámster asustado que además la observaba con los ojos desorbitados detrás de las gafas. No había miedo en su expresión, o eso le pareció y, en el fondo, la tranquilizó un poquito.

Lili se apoyó en la pared, enjaulándola con los brazos. Respiraba con dificultad, pese a sus diecinueve años el ejercicio no era su fuerte, y su cuerpo le recriminaba el sobreesfuerzo.

—Espero… —empezó mientras trataba de recuperarse entre jadeos— que esta vez… hayas… pagado… el café.

Notaba que las rodillas le fallarían en cualquier momento, pero se mantuvo estoica ante la chica. Esta separó los labios y abrió más los

ojos hasta estallar en una carcajada.

¡Se estaba riendo de ella, de una forma nada educada!

Lili se rindió y acabó de cuclillas en el suelo, con las manos colgando de sus rodillas y la cabeza caída.

Ante ella una chica preciosa se desternillaba, de manera cada vez más escandalosa, hasta que sonó un ronquido, similar al ruido que hace un cerdito, y las risas se detuvieron.

Lili miró hacia arriba, con algunos mechones pegados por el sudor a la frente, y se le escapó una sonrisa.

—Eso suena adorable.

La chica se había cubierto la boca, aunque se intuían sus blancos dientes en el hueco de los dedos, largos y finos. De pianista, que diría su padre.

—Pe-perdona… —dijo y apartó la mirada, avergonzada—. Es que has aparecido de repente, con esa expresión tan determinada y a punto de ahogarte, solo para decirme si había pagado… No sé, me ha hecho gracia.

—¿Y?

—¡Claro que he pagado! —La miró, desafiante.

Lili enarcó una ceja, incapaz de borrar la expresión de victoria tras haber alcanzado a su presa, a pesar de que era ella quien estaba tirada en el suelo. Pero no escaparía, ya no.

—¿Y…? —insistió, alargando la letra.

—¿Gracias? —Hizo una pausa y se mordió el labio. Por alguna razón, a Lili le entraron ganas de levantarse para ver si se ponía más nerviosa al acercarse—. Ya me han dicho que pagaste por mí, por eso había venido, para saldar la deuda, nada más.

«Claro, claro, nada más».

Ninguna de las dos se creyó su afirmación, pero ambas hicieron como que tenía sentido.

Sabía que era el momento, que debía sonsacarle qué había querido decir exactamente el otro día, por qué sentía que su futuro pendía de lo que saliera de su boca, de sus ojos violeta y de su sonrisa tímida. En su cabeza se repetía aquella pregunta una y otra vez, pero al abrir la boca para formularla, fueron otras las palabras:

—Sal conmigo —le soltó de golpe. Fue un impulso repentino, y pensó que tal vez debía justificarse—. Me llamo Lili y quiero conocerte. Al menos… para que me devuelvas el favor por el café, si te parece bien, claro.

Lili se quedó con la mirada clavada en ella, aguardando una respuesta que no se hizo esperar, porque tras una sonrisa —la más bonita que había visto nunca— la chica contestó.

—Sí, sería lo justo.

—Entonces, ¡tenemos una cita! —canturreó Lili, sin disimular su alegría.

Y así la chica misteriosa se convirtió en Beth. Como Elizabeth Taylor. Con los mismos ojos violeta que la tenían embelesada.

# 4 - La Rueda de la Fortuna



*«Nada permanece fijo en el universo. Cuidado, antes de que sea demasiado tarde».*

Beth miró el contenido de su armario y resopló. Caminó hacia atrás hasta toparse con el filo de la cama y se sentó pesadamente en ella. Se tumbó sin apartar la vista de las perchas. Nada. Ni el cambio de perspectiva ayudaba. ¡Su ropa era un desastre! ¿Cómo iba a ponerse algo medianamente decente y sentirse segura? Para empezar, ¿cómo había aceptado la estúpida idea de salir con esa chica?

Lili, se llamaba Lili. Igual que la flor.

Beth miró el techo y se cubrió el rostro con el brazo. Estaba haciendo justo lo que no debía. Su madre se lo había advertido, y ella la había ignorado conscientemente. Debería estar profundamente arrepentida. Sin embargo, el cosquilleo en la boca del estómago le indicaba lo contrario.

Simplemente, no supo decir que no.

La tarde anterior, nada más poner un pie en el Café del Mar fue consciente de su error. La chica del cabello lila se encontraba ahí, pero tan concentrada que no reparó en su presencia.

Trató de convencerse de que solo iba a echar un vistazo. Todavía tenía cinco días de margen, tal vez en ese tiempo podría conocer sus pautas de comportamiento, ver sus relaciones, comprobar si había alguna manera de…

«Para, Beth, suenas como una maldita acosadora».

Pero no pudo parar.

Se quedó en el rincón con un café —solo y helado— que había pagado con antelación. El camarero la recordaba de la última vez y ella, avergonzada, quiso enmendar el error de salir huyendo sin pagar la consumición.

—Está abonado —le explicó, y al ver su expresión contrariada, se inclinó y siguió su mirada hacia la chica que sacaba de un bolso de tela una baraja de tarot con solemnidad—. Es cosa de ella. Dijo que así le deberías una.

El camarero se marchó con una sonrisa misteriosa, dejando a Beth con la boca abierta. ¿Cómo que le debía una? Bueno, un café, ni más ni menos. Así que tendría que devolverle el favor, ¿no?

Tal vez salvándole la vida…

«¡Para!», se repitió y se golpeó en la frente. Aunque lo que se merecía era una buena bofetada. Su madre tenía razón. Ya le costó bastante superar lo de aquella vez, no convenía repetir, porque no sabía si en esta ocasión sería capaz de salir del agujero. Estaba convencida de que la chica de cabello con mechones violeta la perseguiría en sus peores sueños hasta el fin de los días.

Y a una minúscula parte de ella la idea no le desagradaba.

Puede que por ello se quedara en la cafetería espiándola y, al ser descubierta, se escabulló. No tardó en ser alcanzada, claro, ya que sus sandalias de tacón no fueron fabricadas para correr. De repente, Beth estaba acorralada y saturada por la presencia de la chica del tarot. Llevaba unos vaqueros negros y una camiseta de tirantes del mismo color que dejaba poco a la imaginación. Apretaba la bandolera de estilo militar a un lado para tratar de recuperar el aliento con ansiosas bocanadas. Entonces la miró, las dos coletas danzaban a cada lado de su rostro y su mirada era de pura determinación:

—Espero… que esta vez… hayas… pagado… el café.

La escena era tan surrealista que Beth estalló en una carcajada. El rostro de la chica, digno de una loba al acecho, chocaba con la frase, casi cotidiana. Mezclaba lo común con lo extraordinario, lo notaba en su forma de moverse, de hablar, de mirarla. Porque la

manera en que sus oscuros ojos la observaban era estremecedora. Como sumergirse en una poza de aguas heladas sin fondo y que le despertaba una fascinación por lo desconocido.

Por eso dijo que sí. Por eso estaba frustrada, analizando el ridículo contenido de su armario, que no lucía nada en las perchas. ¿Qué demonios se ponía para una cita? Porque era una cita, ¿no?

Ante ella se extendía una colección de faldas largas y sueltas en tonos tierra, burdeos y pino, junto a blusas blancas, beige o más marrón, granate y musgo. ¿Cómo iba a ponerse a la par de una mujer tan llamativa e impresionante como Lili?

Beth pasó pantalones, camisas y chaquetas sin emoción. Nunca se había preocupado por vestirse para salir con alguien, porque no había salido con nadie. Jamás había sentido interés por otra persona, hombre o mujer. Sí tuvo amistades, muy escasas, pero importantes para ella, aunque en cuanto averiguaban su secreto desaparecían con más o menos ruido. Lo que no había tenido era pareja, de ningún tipo. Ni rollo o lío o atracción físico-afectiva. Su madre le habló de que tal vez se debería considerar asexual, pero ella no lo tenía tan claro, así que trataba de asimilar el despertar de aquellas nuevas sensaciones.

Para empezar, debía elegir un conjunto ¡o no llegaría a tiempo!

Se decantó por un vestido caqui en manga corta, de cuello redondo y abotonado hasta las rodillas. Se calzó las sandalias de esparto y cambió la mochila del portátil por un pequeño bolso de cuero viejo. Ante el espejo retocó su moño, con varios mechones que escapaban de cualquier horquilla, y limpió sus gafas.

—¡Papá, me voy!

—Vale, cielo, pásalo bien y llama si al final te quedas a cenar fuera.

En la voz de su padre sonó un amago de esperanza. A pesar de que había hablado de su condición con ellos en cuanto creyeron haberle encontrado nombre, sus padres continuaban con la ilusión de que les llevara a alguien a casa un día. O que alguien se la llevara a ella, también les valía. Lo que fuera que sirviera para sacarla de su cascarón, como decía su madre.

Al parecer tener el don de saber cuándo una persona iba a fallecer no era excusa suficiente para el aislamiento social.

«Que sea lo que tenga que ser», pensó a modo de petición silenciosa antes de salir de casa.

Las calles de Sitges respiraban pura vida. Era jueves, 19 de junio. El Corpus Christi iba a ser el domingo. Faltaban cuatro días. A pesar del calor, los turistas se habían adueñado de cada rincón, con o sin sombra. Los grupos en pantalón corto, gorras coloridas y gafas oscuras con cara de perdidos se agolpaban en los escaparates de las tiendas y en los puestos de recuerdos.

Los bares reclamaban con los últimos rayos de sol a los clientes, incitándolos a pasar de la última cerveza a la carta de la cena. No había terraza con mesa vacía ni camarero desocupado. Aunque la época alta de visitantes solía arrancar en julio, Sitges, con su celebración del Corpus, la iniciaba antes y los hoteles se llenaban para aquellos que después quedarían fascinados por las alfombras florales, que acababan aplastadas en la procesión. Un precioso trabajo que alcanzaba su culmen al ser destruido.

Y pensar que su madre se había metido por voluntad propia en semejante pérdida de tiempo…

No tardó mucho en llegar al punto de encuentro, la plazoleta de la Iglesia de San Bartolomé y Santa Tecla. Era uno de los iconos del pueblo, pegado al mar, desde allí se escuchaba el rugir de las olas, mezclado con el chillido de las gaviotas y la algarabía de fondo de los turistas.

Beth se pasó la mano por la nuca para secarse el sudor. A la alta temperatura se sumaban los nervios. ¿Había hecho bien en aceptar la invitación? ¿Y si daba media vuelta y regresaba a casa, como si nada hubiera pasado? ¿Qué lamentaría más, quedarse o irse? Se quitó las gafas, que se resbalaban de su nariz por la humedad de la piel, y las limpió con un pañuelo desechable.

Tendría que haber escuchado su voz interna, comandada por los incesantes avisos de su madre, y retroceder sin mirar atrás. Lo supo en cuanto volvió a colocarse las gafas y la vio.

Lili caminaba hacia ella con paso firme sobre sus botas con tachuelas. Lo que al principio pensó que era una camiseta ajustada

resultó ser un corsé, anudado por la espalda y con minúsculas flores en granate sobre fondo negro. Sin pulseras ni collares, el conjunto era de por sí llamativo, centrado sobre todo por la minifalda de polipiel o cuero falso. Lo que fuera. No importaba. Era negro, relucía y Beth no pudo apartar los ojos durante más tiempo de lo socialmente adecuado.

Lili iba en minifalda. O más bien un cinturón ancho, que diría su padre. ¡Le faltaba demasiada tela! Seguro que al agacharse sería incapaz de taparse con decencia. La sola idea provocó que sus mejillas se sonrojaran.

«Deja de mirarla y céntrate», se ordenó. Así que su mirada bajó y fue peor. Las piernas de la chica eran tan blancas que daban ganas de tocar y comprobar si quedaba la marca del dedo.

Beth se fue encogiendo y, para cuando Lili llegó a su altura, tenía ante ella su coronilla.

—¿Te gustan mis calcetines?

—Sí, un montón.

Beth notó el calor de su presencia invadiendo su espacio personal, con una voz que ronroneó junto a su oreja:

—Son tobilleros, no se ven.

La había pillado, y su sonrojo fue a más. Ahora sí que no podría levantar la cabeza. Así que fue Lili quien se agachó para mirarla, con gesto de aparente inocencia.

—Te sienta bien ese color. —El aro de su nariz brilló—. ¿Vamos?

Sin saber si se refería al rubor o a su vestido, Lili atrapó su muñeca y tiró con suavidad. Partieron de la iglesia y se dirigieron hacia el Paseo de la Ribera junto al mar, dejando tras de sí la calle de Fonollar, que albergaba el Palacio Maricel, Mar y Cielo, con aires de modernismo.

Un par de siglos atrás, cuando algunos de los habitantes de Sitges se marcharon a «hacer las américas» y volvieron con sus fortunas, construyeron sus mansiones junto al mar. En la actualidad los puestos para turistas, chiringuitos y bares acaparaban las vistas, tan solicitadas en fechas próximas al verano. Aunque no hacía falta que llegara la oleada de calor para que fuera complicado pasear por la zona. De hecho, con el Corpus tan cerca, los visitantes se habían

animado y Lili y Beth enseguida pasaron a formar parte de la muchedumbre.

Curiosamente, no era agobiante, sino que daba la sensación de estar protegidas, como si las personas pudieran abrigarlas del rugido de las olas o de los camareros de los bares y restaurantes que lanzaban folletos o animaban, voz en grito, a pasar a sus locales.

Beth caminaba sin fijar la vista en nadie en concreto. Sabía que en cuanto sus ojos dieran con alguien que hiciera saltar su maldito don, reaccionaría. No importaba los años que llevara acarreando el dichoso poder, nunca se acostumbraría a la molesta alarma que chillaba en su cabeza al detectar a alguien con menos de una semana de vida.

—Perdona, con este sol tal vez habría sido mejor buscar otro sitio donde quedar.

La disculpa de la tarotista la pilló desprevenida y Beth la miró extrañada. Entonces cayó en que la otra estaba sudando, aunque el maquillaje, con sus ojos negros y labios rojos, continuaba intacto en su rostro.

—Es-estoy bien —titubeó, de repente nerviosa. ¿Por qué se alteraba de esa manera en su presencia? Sería culpa de la minúscula minifalda, una prenda que jamás había despertado su interés hasta que se la vio puesta a Lili—. Si quieres vamos a un bar o así.

—No, enseguida nos desviamos, solo quería pasar por aquí. —Se paró en seco y sacó el móvil, apuntando hacia la arena—. ¿Quieres que nos sentemos?

Hubo un tono de segundas intenciones en sus palabras que hizo que se girara hacia donde dirigió la cámara del teléfono. No era solo la playa, sino el monumento contra la homofobia de Sitges, que consistía en un triángulo invertido, un prisma triangular hueco de chapa y pintado de rosa. Un cartel rezaba «Mai Més», nunca más, y la fecha: 5 de octubre de 1996-2006.

Su madre le habló de aquellos tiempos de los 90, tan lejanos para ella. El gobierno municipal comenzó a exigir documentación a los homosexuales que paseaban por la ciudad y la playa, llegando a hacer cientos de fichas policiales. La situación iba a peor. Al final, la tensión estalló y el camarero de un bar de ambiente recibió una

brutal paliza. El 5 de octubre del 96 hubo una gran manifestación, el colectivo se levantó reclamando lo que Sitges había sido: uno de los primeros destinos turísticos gais de España, una referencia, un lugar seguro, un refugio. A los manifestantes los insultaron y tiraron huevos, hasta el punto de que tuvieron que ser escoltados por la policía. Lo sabía porque su madre había estado ahí. Era peleona de nacimiento, y siempre proclamaba que, como feminista, había que defender a todos los colectivos, sobre todo cuando habían fichado a algunas amigas suyas por lesbianas.

Casi dos décadas después de alzar el monumento, se instalaron ante él un par de sillas con los colores arcoíris del colectivo. Una forma de recordar, tal vez, o de demostrar que Sitges aún era el destino seguro que fue, tan importante con ciertas políticas del presente que daban miedo si se tomaban en serio.

Beth miró las sillas y después a Lili, impactada.

—¿Insinúas que yo…?

No pudo terminar la frase. Solo había hablado de su condición ante sus padres, y tener que salir del armario cada vez que conocía a un grupo nuevo era agotador, por lo que añadía otra razón para no relacionarse mucho, o nada, más bien.

—Solo digo si quieres sentarte —soltó con naturalidad Lili, que, ni corta ni perezosa, tomó asiento y se hizo un *selfie* con la lengua fuera, dónde creyó ver el brillo de otro *piercing*; aunque lo más sorprendente fue que por algún misterio de la ciencia o de la gravedad, la minifalda no subió—. Aunque te invité a salir y aceptaste, ¿no?

Hizo otra foto, esta vez a Beth, que debió salir con gesto contrariado, cejas juntas y boca apretada. No le gustaba cuando no sabía qué contestar, y con Lili le estaba pasando demasiado a menudo.

—Vale, admito que me lancé sin pensar mucho cuando te lo pedí —se apiadó de ella. Se levantó como un resorte, sin que aquello afectara a su conjunto, y se colocó a su lado en un par de zancadas. Su aliento le quemó en la oreja cuando susurró—: Así que si me dices que eres hetero, seremos amigas, sin más compromisos.

La boca de Beth se movió antes de que reflexionara su respuesta, o sus consecuencias.

—Y si no lo soy, ¿qué seremos?

Lili le dedicó una sonrisa misteriosa.

—Magia.

Puede que fuera la posición del sol, a punto de desaparecer en el horizonte, el aire salado o el calor en su piel. Sin duda, algo debía estar afectando a su raciocinio, porque no tenía mucha lógica que una palabra le provocara un agradable cosquilleo que nació en su estómago y ascendió por la garganta.

Apartó la mirada, atrapada por un segundo en los oscuros iris de la tarotista.

—No creo en la magia —le cortó, más brusca de lo que había querido.

—Eso es porque no me conocías a mí.

¿Pero qué demonios le pasaba a esa chica? Beth carraspeó, tratando de que la sensación de sus entrañas regresara al fondo de las tripas, donde debía estar.

—¿Dónde vamos? —preguntó al ver que Lili la desviaba de regreso a la ciudad.

El paseo marítimo estaba bien, era un lugar neutral, un sitio que controlaba. Cambiar de ambiente solo conseguiría alterarla más.

—Si no crees en ella, tendré que enseñártela, así que vamos en busca de magia, chica misteriosa.

Se adentraron en la avenida principal y enfilaron hacia unas callejuelas que Beth no conocía. Se centró en seguir a Lili, que caminaba llena de seguridad. Giraron a la izquierda, después a la derecha, el sol pronto se ocultaría y los comercios de la zona no tardarían en echar el cierre. Se alejaron de los chiringuitos y tiendas de turistas, hasta estar rodeadas de comercios de segunda mano, desde libros a ropa o muebles.

—No sabía que vendieran esto aquí… —murmuró. Esperaba recordar el camino de vuelta, porque sus ojos no se apartaban de la mujer que la guiaba entre los locales.

—Es uno de esos sitios donde puedes encontrar lo que menos esperas y más necesitas —dijo Lili con aires místicos, que

rápidamente desaparecieron—. Ahí tienen hasta bragas usadas, no te las recomiendo.

Beth a punto estuvo de cuestionarlo, pero prefirió no hacerlo, no fuera que la otra estuviera dispuesta a demostrárselo y acabaran mirando ropa interior usada por otra persona (viva o muerta).

No tardaron mucho en llegar a lo que supuso era su destino. Por alguna extraña razón, no le sorprendió.

El escaparate estaba repleto de figuras de hadas, elfos, duendes y brujas de todos los tamaños y colores. A los lados colgaban telas con decoración tribal, junto a varios muestrarios de collares, pendientes y pulseras de plata (de la que después dejaba una marca verde en la piel). Apenas se veía el interior de la tienda, solo su nombre con letras gruesas y tipografía casi ilegible: Tienda Esotérica Karma. Y un pequeño cartel en un lado de la puerta: «Se echan las cartas del Tarot».

Beth tuvo un mal presentimiento.

# 5 - La Luna



*«Símbolo de lo inconsciente, lo inexpresado, la dimensión oscura de las cosas».*

No lo había hecho a propósito. Bueno, un poco sí.

Cuando salió de casa su plan era sencillo: dar un paseo, charlar, conocer sus aficiones, sus planes de futuro, su perfume…, y tal vez sonsacar qué tenía de especial. Las fatídicas palabras aún retumbaban en su cabeza y, tras conseguir que aceptara salir con ella, estaba decidida a aprovechar la ocasión y que admitiera lo que iba a decir aquel día en el Café del Mar. O al menos convencerse de que no era solo su cabeza fantaseando con que, al fin, de verdad, había encontrado un poquito de brujería.

Todavía no estaba segura de si hacía lo correcto. ¿Y si metía la pata? ¿Y si presionaba demasiado? Porque había algo con lo que no había contado, y es que la chica le gustaba. Le gustaba bastante.

Desde que tenía conciencia hubo dos cosas que amaba: el ocultismo y las mujeres. Compaginar ambas no era fácil, pues a pesar de que el mundo del tarot estaba muy feminizado, se trataba de una labor bastante solitaria, en la que no se encontraban compañeras de viaje. Intentó entablar amistad —o algo más— en varios encuentros sobre esoterismo que se celebraron en Barcelona. Ahí ganó algo de experiencia desabrochando corsés con habilidad, pero poco cariño a largo plazo.

No se había planteado si tenía algún tipo que le gustara en particular, tampoco había tenido ocasión de ahondar demasiado ni de contrastar conocimientos. Eso sí, cada vez tenía más claro que las chicas con moño y gafas poseían un encanto único. O una de ellas lo acaparaba.

¿Se había puesto minifalda por ella? Para qué negarlo, sí. También porque era una prenda que le sentaba como un guante y sabía el efecto que provocaba. Lo que no esperaba era la mirada de Beth, entre la sorpresa y el interés, incluso admiración, pero no deseo. No sintió que anhelara acariciar, apretar y frotar, sino una fijación serena. Intensa, eso sí, pero no ansiosa.

A través de sus ojos violeta se vio como una piedra preciosa. Como el tesoro que encuentra un niño en la arena y guarda bajo la almohada. Una concha brillante, una roca pulida o una caracola esmaltada. Fue una sensación nueva y le gustó.

Por eso quería acapararla más y arrastrarla a su terreno. Ella también quería conservarla en un tarro, como si embotellara los primeros rayos de sol de verano. Ese era el tipo de calidez que le causaba su cercanía.

Así acabaron en uno de sus refugios: la Tienda Esotérica Karma. La descubrió por casualidad cuando tenía once años y su padre le dio permiso para dar una vuelta mientras él charlaba con unos amigos en un bar cercano. Por aquel entonces era una niña despistada, así que no tardó en acabar en callejones de dudosa seguridad, con ganas de llorar y hacerse una pelotita en un rincón. Pero, claro, pensaba que tenía una reputación que mantener (la complicada mente preadolescente) y de poco le serviría lamentarse en el hueco de un portal.

Caminó mientras miraba los escaparates de las tiendas, buscando una referencia o algo que le recordara qué dirección tomar. Aquella fue la primera vez que vio a los duendes. Esos seres le evocaron un momento del pasado, cuando su madre aún vivía con ellos y le contaba cuentos de criaturas fantásticas que ayudaban a las princesas en su aventura. Hacía una eternidad de aquello y ya debería comportarse como la mujercita que era, según su padre. Sin

embargo, la idea de que allí dentro encontraría una persona amiga la tranquilizó.

De esa manera se encontró con Madame Laisviniro, siendo una cría asustada que intentaba tragar las lágrimas porque no encontraba a su padre. Por suerte, con un par de pistas, supo el bar al que la niña se refería y se ofreció a acompañarla. Llevaba un chaleco naranja de ganchillo sobre un vestido con dibujos de enormes flores y hojas, y su pelo rizado se contenía a duras penas con una cinta del mismo tipo de tela. Olía a incienso y otras plantas que, hasta que no creció un poco más, no supo reconocer. Nunca olvidaría sus manos, de largos dedos, fríos como témpanos. Ella le echó su primera tirada de cartas. Ella le enseñó.

Madame Laisviniro era un juego de acrónimos inventado que ayudaba a darle un aire más misterioso. No sabía su nombre. Decía que lo ocultaba para que el demonio no la encontrara. Lili dudaba si bromeaba o no.

Así que, en un intento de impresionar a Beth, pensó que llevarla a su tienda favorita era un acierto total.

—Bienvenidas, bienvenidas —las saludó con un acento que podría proceder de Europa del Este—. ¡Ah! ¡Lililu, querida! ¡Benditos los ojos! ¿A qué se debe esta visita?

La dueña del local la había rebautizado con ese nombre, por su apellido Lunell, y ella lo odiaba. Era la única a quien permitía que la llamara así.

—Pasaba por la zona y pensé en saludar.

Saltándose cualquier formalismo vendedor-cliente, Madame Laisviniro rodeó el mostrador y le dio un cálido abrazo. El aroma a hierbas la envolvió. Tras ella, escuchó un carraspeo incómodo.

—Ah, sí, esta es Beth y no cree en la magia, así que tal vez podrías hablarle de su futuro.

—¡¿Qué?! Pero, yo…

La aludida titubeó cuando la propietaria de la tienda se acercó a ella. Daba una imagen cuanto menos extraña entre su vestido ancho floral, el chaleco de ganchillo —incluso en verano— y el cabello revuelto; no lucía su mejor aspecto de tarotista, así que le salió natural defenderla.

—Vamos, Beth, Madame Laisviniro es una profesional increíble, ella me enseñó todo lo que sé.

Por alguna razón, el gesto contrariado de Beth no le dio buena señal y tuvo ganas de decir algo más, pero le quitaron las palabras de la boca.

—Beth. Tenemos un nombre. Bien, bien. —Madame Laisviniro intervino con voz suave y firme—. Venid atrás.

Había algo en su forma de hablar o puede que fuera su acento que forzaba a cumplir su voluntad.

Las dos chicas siguieron a la mujer hacia el fondo de la tienda, rodeando mesas altas y estanterías llenas a rebosar de artilugios esotéricos de lo más variopintos, como bolas de cristal, péndulos, runas o figuras de diversos dioses. Desde budas, Shiva o Ganesha, a Bast y escarabajos de la fortuna. Pero sobre todo había libros. Montones y montones que sobresalían de las baldas, creaban torres contra la pared y se acumulaban en los huecos del mostrador.

*Cómo conectar con tu aura*, *Formas de mejorar los sueños predictivos*, *Aprende a entender los ciclos lunares* y *Magia y hechicería práctica* eran algunos de los títulos que Lili conocía. Unos los compró, muchos otros los ojeó, en especial los que analizaban el tarot. Le habría gustado considerarse una estudiosa del tema, si no fuera porque solo se trataba de una afición con la que estaba un poquito obsesionada, para qué negarlo.

—Sentaos, sentaos —les indicó la dueña y señaló dos sillas forradas de terciopelo del siglo anterior—. Por ser tu amiga, os haré un descuento.

Con intención de calmar la tensión del ambiente, Lili se inclinó sobre Beth y le susurró:

—¿Ves? Todo ventajas.

Y aunque no podría jurarlo, le pareció escuchar un «si tú lo dices…» bastante desganado. Lili era consciente de que su nueva amiga no creía en nada de eso, pero tenía la confianza absoluta que en cuanto viera el poder de madame Laisviniro, cambiaría de opinión, aunque así a primeras se notaba que no le hacía ni pizca de gracia. Tendría que haberlo previsto. Ya cuando se conocieron se vio que el tema de las cartas no le apasionaba, aunque achacó su gesto

de pocos amigos a que había invadido su zona de confort de manera brusca y sin alternativa a la huida.

Tal vez estaba metiendo la pata hasta el fondo.

Tal vez solo se estaba ganando el odio de Beth por empujarla a ese lugar.

Tal vez la mandara a la mierda en cuanto salieran. Porque era evidente que se trataba de una chica educada que aguantaría su papel delante de la dueña de la tienda, pero que de regreso a la calle, le soltaría su sincera opinión sobre unos trozos de cartón que predecían el futuro.

Pero eso sería después. Ahora tocaba una nueva tirada. Y Lili no pensaba perdérselo, pues si había algo —y estaba convencida de que lo había—, saldría a relucir con una profesional, sin sentimientos que afectasen al significado final.

Las dos tomaron asiento delante de la mesa de tamaño justo para que cupiera la bandeja de comida para uno. Una vieja tela morada con borlas en los lados hacía de mantel, y una lámpara con grandes copas de cristal, imitando a las antiguas de aceite, iluminaba en lo alto.

—Bien, empecemos —dijo Madame Laisviniro, que, sin preámbulos, sacó su propia baraja y la colocó en el centro de la mesa—. ¿Cuál es tu mano dominante? —Beth arrugó la frente—. ¿Eres diestra o zurda?

—Ah, diestra.

—Bien, pues corta la baraja con esa mano.

La aludida obedeció sin protestar. A Lili le sorprendió su repentina sumisión, puede que simplemente estuviera deseando que pasara el mal rato para regresar a casa. Sí, sin duda la había cagado. Entonces la tarotista —la profesional— empezó a hablar:

—¿Quieres que te diga qué notas vas a sacar en la universidad? ¿Que hable de tu futuro profesional? ¿Buscas trabajo? ¿El amor, puede ser? —A Lili no le pasó desapercibida su rápida mirada a ella, casi sonreía la condenada—. Si te casarás, los hijos que tendrás, si vivirás aquí en Sitges o acabarás en la otra punta del mundo. Dime, querida Beth, ¿cuál es tu pregunta a las cartas?

La chica se encogió de hombros, dejando claro que no estaba ahí por gusto, lo cual no ayudaba a que la magia funcionara. Pero una experta era capaz de guiar los deseos ocultos y dar forma a través de la lengua del tarot.

—Está bien —concedió la mujer con una media sonrisa misteriosa —. Déjame que te sorprenda.

La tarotista adquirió su papel de lectora experta y comenzó a sacar las cartas con movimientos firmes, propios de quien conoce su ubicación en la mesa incluso con los ojos cerrados.

Lili tenía la mala costumbre de reinterpretar lo que veía en otras tiradas, así que esta vez prefirió mantenerse al margen. No sabía bien por qué, pero no quería tener nada que ver con lo que iba a decir Madame Laisviniro a Beth. Mentalmente dio un paso atrás y se centró en observar las expresiones de la chica, sentada a su lado con las manos juntas sobre el regazo y la mirada fija en lo que ocurría sobre la pequeña superficie.

Todo el mundo, por poco que fuera, creía en la magia. Que Beth se mostrara tan reacia despertaba su curiosidad. Por un lado, quería saber qué era lo que realmente pensaba; si lo consideraba una tontería o incluso una locura, podría aceptarlo. Aunque algo le decía que sí creía en ese tipo de cosas, pero había preferido esquivarlas. Tal vez estaba relacionado con el secreto que ocultaba, o quizá no, y de nuevo se estaba aventurando con sus fantasías. Fuera lo que fuese lo que pensaba, quería escucharlo, en realidad, se moría de ganas de preguntarle cualquier cosa, solo por el placer de escucharla hablar.

—Aquí las cartas me dicen que vienes de una familia unida. Hija única y muy querida. Tus padres te buscaron con ganas en su día, ¿verdad? Claro que sí. No, no hace falta que me contestes, son ellas —señalaba las cartas— las que me cuentan tu historia. Incluso la que tú no conoces, porque no te atreves o no quieres.

Beth estrujó sus manos y su expresión se volvió más seria. Lili quiso cogérselas y ayudarle a relajarse. Puede que si le acariciaba el dorso con breves círculos le sirviera para calmarse. O rechazara el contacto y se enfadara con ella. Lo mejor era estarse quietecita.

—Al principio estuviste más vinculada a tu padre, sentías más conexión con él. ¿Tal vez había algo en tu madre que te hacía rechazarla? ¿Tan controladora era? No, no era eso. Había algo. ¿Un secreto? Mmh…

Madame Laisviniro continuó sacando las cartas y volteando sobre la mesa con excesiva teatralidad, como si el propio movimiento de su muñeca, el giro o la manera en que flexionaba los dedos fueran capaces de marcar la diferencia en la tirada, darle un sí o un no, un cambio radical a solo un mal gesto de su dedo índice o pulgar.

—Hubo una alteración cuando dejaste de ser niña. De la noche a la mañana comenzaste a depender otra vez de tu madre. De nuevo regresó la unión maternal original. Requerías de su protección, de sus consejos, te hacía falta de forma casi visceral. ¿Por qué? Es más que por el paso de adolescente a mujer, ¿no es así? Un detalle que os ataba, que os llevaba a algo que arrastraban vuestras antepasadas. Todas mujeres. Una carga. ¿Una maldición?

El cuerpo de Beth se tensó de golpe. Hasta Lili lo notó. Tuvo el instinto de inclinarse hacia ella, como si de alguna forma pudiera protegerla de lo que la tarotista le iba desvelando a golpe de carta.

—Todavía estáis muy unidas, aunque hay una discusión pendiente, una pelea o un desacuerdo. Hay algo que tú quieres hacer y ella no quiere. Hasta tú dudas de lo que es correcto. ¿Quieres que te dé la respuesta, querida Beth?

Madame Laisviniro alzó sus ojos de la tirada y los fijó en la chica, que en aquel instante le pareció delicada como una flor. Frágil. Separó los labios, a punto de pronunciar una palabra, una afirmación o negación que podría ser capaz de liberar de un extraño peso que Beth lastraba. Al final, movió la cabeza de un lado a otro.

La tarotista le dedicó una expresión amable.

—Eres sabia, siendo tan joven… No ha sido fácil, ¿verdad? —El roce del cartón era el único sonido que acompañaba a las pausas—. Hubo un incidente…

Cuanta más fuerza ganaba la voz de la mujer, más vulnerable parecía Beth, como si encogiera, como si no quisiera seguir con la sesión —de hecho, no había querido ni empezarla—. Su mirada iba

de las cartas a la dueña del local y viceversa, casi como si fuera capaz de detener el movimiento con un pestañeo.

—Fue hace unos años, no muchos, en tu adolescencia, ¿es así? No, no hace falta que confirmes nada, déjame un momento… Sí, eso es, tendrías trece o catorce años. Pobre, tan pequeña, mi pobre niña.

Beth estaba tan quieta que parecía una estatua. Incluso sorprendía que respirara. Sus ojos se habían abierto de par en par y las manos eran un alterado revoltijo que arrugaban su precioso vestido caqui.

—Perdiste a alguien, era cercano, un amigo o un compañero, seguramente del instituto. Pero hay algo más. —Hubo una larga pausa y la lectora repasó las cartas sobre la mesa antes de clavar la mirada en la chica—. Lo sabías. Sabías lo que iba a suceder.

Todo se aceleró de golpe. Beth empujó atrás la silla y casi cayó del golpe. Se incorporó con el rostro pálido, pero Madame Laisviniro la sujetó del antebrazo antes de que se girara. Entonces saltaron chispas, el ambiente se cargó, igual que si entrara en el corazón de un transformador, con electricidad estática dando brincos a su alrededor. ¿Qué era eso?

Esta vez fue la tarotista quien abrió los ojos como platos. Lili nunca la había visto tan sorprendida. No era miedo, sino un punto más cercano a la fascinación por lo desconocido.

—Tú…

Beth se liberó del agarre de un tirón y se encaminó a la puerta, casi a la carrera.

—¡No, vuelve! ¡Escucha, no pudiste evitarlo!

Lili se levantó, sin tener claro qué hacer. Miró a Madame Laisviniro y después hacia la puerta, que Beth cruzó y cerró de golpe.

—¡Ve! —le ordenó la mujer. Ella no gritaba, nunca—. Dile que no fue su culpa. Necesita saberlo. Tiene que sentirlo. ¡Era inevitable!

Antes de coger el pomo de la puerta, hubo un aviso más de la tarotista que no comprendió, pero que se guardó:

—¡Y dile que sí, que lo intente, que si no lo hace será peor! Aunque no lo consiga, tiene que hacerlo.

Salió al exterior y el calor del verano golpeó a Lili. Incluso sin la presencia del sol, casi del todo oculto en el horizonte, se mantenía una alta temperatura que solo la brisa marina suavizaba. De nuevo, su conjunto de minifalda y botas no fue pensado para correr, pero estaba dispuesta a dejarse la piel por dar con Beth. Por suerte, no tuvo que buscar mucho. La encontró al final del callejón, a un paso de la avenida principal que la devolvería a la ajetreada ciudad y sus habitantes, como un torrente sanguíneo irrefrenable hacia el mundo real, mientras ambas seguían atrapadas en una extraña ensoñación. Puede que a causa de los fuertes inciensos que usaban en la tienda esotérica.

—Beth, perdona, lo siento.

Le salió del alma. Era evidente que se encontraba mal, que la tirada de cartas le había afectado de una manera que no comprendía, y que la culpa, por supuesto, era de ella. El nerviosismo hizo que su respiración estuviera acelerada. Tenía ganas de tocarla, abrazarla, eliminar la inquietud que emanaba de un manotazo.

—No tendría que haberte traído, he sido una idiota, no me lo tengas en cuenta, por favor —continuó, manteniendo una distancia prudencial—. Vámonos a donde tú quieras, ¿vale? Al paseo o a otro sitio, me da igual.

«Si es contigo».

—Mentirosa.

La voz de Beth apenas fue audible, un susurro a medio suspiro de la algarabía de la gente. Lili tuvo que acercarse, pensaba que no la había oído bien.

—¿Mentirosa? —le repitió, para asegurarse—. Yo no… Lo siento, yo no quería que acabara así.

—Tú no, ella.

Beth se dio la vuelta. Se abrazaba a sí misma, y temblaba como si tuviera frío. Los ojos húmedos y labios apretados le delataron que estaba conteniendo las lágrimas.

—Tu amiga tarotista es una mentirosa —siguió—. Podría haberlo evitado.

Lili intuyó que aquella revelación era importante, pero no se paró a pensar, en su cabeza solo bailaba la idea de rodearla con sus

brazos y ofrecer el consuelo que sin duda necesitaba.

—Si en aquel entonces… —siguió Beth, con un lamento murmurado a media voz— hubiera entendido mejor mi poder…, le habría dicho que acudiera al médico, que se hiciera pruebas, lo que fuera…, y quizá de ese modo le habría salvado. Pero yo era tan idiota, tan idiota, tan…

Beth, apoyada contra la pared del callejón, se encogió, literalmente. Se acuclilló y clavó las manos en sus brazos, sin tener claro si quería serenarse o castigarse.

Ahí lo tenía, una confesión. En el fondo de su mente, una vocecita daba saltos de alegría. ¡Tenía razón! La chica misteriosa tenía un poder, uno especial que la relacionaba con la muerte, ¡lo sabía! ¡Al fin!

Sin embargo, Lili era incapaz de alegrarse o hacer caso a esa parte de su cerebro, porque todo su ser era aguijoneado por el dolor. Dolor por ver a la persona que cada vez le importaba más hecha añicos, aplastada por un sufrimiento que ignoraba y que había causado aun sin quererlo.

Sí, Lili tenía razón. Pero se odiaba por el precio que había pagado para conseguirlo.

# 6 - La Fuerza



*«La determinación que supera cualquier obstáculo, el valor que afronta el peligro».*

En realidad, tenía doce años cuando pasó.

Hacía unos meses que a Beth le había llegado el periodo por primera vez y todavía no se acostumbraba a las molestias de «ser mujer», como proclamaba su madre. Sabía lo que vendría después, se lo había advertido; aun así, no quiso creerlo. No hasta que fue inevitable.

Su nombre era Enric, estaban en la misma clase y se conocían desde el primer día de colegio. No eran especialmente amigos ni compartían aficiones, pero se relacionaban lo quisieran o no. Mismas asignaturas, mismos profesores, mismo barrio, mismas zonas de juego. Lo veía más que a otros familiares, discutía más con él que con los primos por parte de padre. Su sueño era ser futbolista; su tesoro: una camiseta blaugrana con el número 10 en la espalda. A Beth no le gustaba el deporte, pero por él asistió a un par de partidos. Era veloz como el viento y su juego de pies era capaz de hacer desaparecer el balón del adversario, igual que en los trucos de magia.

Recordó su último partido, la manera en que compañeros y entrenador lo vitorearon, hasta en la grada se levantaron varios padres. Hablaban de promesa del fútbol, de un futuro increíble, que

su cara estaría en los cromos de los niños del mañana y que, sin duda, el diez sería su número oficial.

Estaba en clase de matemáticas cuando le sobrevino la certeza. No conseguía aclararse con el problema que el profesor les había puesto en la pizarra y, además, Enric y su séquito cuchicheaban al fondo del aula, bromeando con una revista que habían estado ojeando durante el recreo. Beth los miró, molesta, y resopló, haciendo que Enric se fijara en ella, con su sonrisa todavía aniñada y despreocupada.

Fue como si de pronto cayera al agua, igual de escalofriante, igual de asfixiante. Sintió como si el aire se hubiera atascado en su garganta. Abrió la boca, pero nada entraba ni salía. De golpe comenzó a toser. La profesora, preocupada o cansada del escándalo que estaba montando, le pidió que saliera y fuera al servicio, que distraía a sus compañeros de clase.

Llegó con lagrimones en los ojos, entre el esfuerzo de recuperar el aliento y el ataque de ansiedad que a duras penas controlaba. Otra chica la encontró vomitando en el servicio, a punto de desmayarse, así que llamaron a su madre para que se la llevara.

—Ha empezado, *carinyet*, te lo dije —comentó después de narrarle lo que había sucedido—. Es el don de nuestra familia.

—Pero… ¡va a morir!

La pequeña Beth de doce años se hizo un ovillo en el asiento del copiloto. Se detuvieron en un aparcamiento público porque necesitaba hablar, debía sacar lo que la atormenta o la devoraría. Quién mejor que su madre para comprenderla. O eso pensaba.

—Sí, y no puedes hacer nada.

Fue tajante, pero era una niña demasiado obstinada para aceptar lo que un adulto le dijera de buenas a primeras. Faltaba una semana, ¿por qué no iba a intentarlo?

Conocía la leyenda familiar, su madre la compartió con ella desde que tuvo capacidad de entenderla. Estaban marcadas desde el nacimiento y, cuando despertaban como mujeres de pleno derecho, comenzaban las señales. Aparecían las sombras del otro lado, sutiles, que las conectaban con el más allá. Las mismas que señalaban a quienes iban a dejar este plano en siete días.

Cualquier intento por cambiar sus destinos estaba prohibido.

Los consejos de su madre eran sencillos, en teoría fáciles de seguir: corta la relación, acepta la realidad y no te impliques.

—¡Pero por qué! —protestaba una jovencísima Beth—. Si este poder nos dice cuándo va a pasar, ¿no deberíamos usarlo para evitarlo? ¿Qué sentido tiene si no?

—Es lo que nos ha tocado.

—¿Y qué si hago algo? ¿Es que yo también moriré o qué?

Beth casi chillaba, al límite del llanto. Trataba de asimilarlo, solo que era incapaz de entenderlo, o tal vez no quería hacerlo. Pero su madre en ese momento decidió ser útil, en vez de cariñosa o comprensiva. En aquel momento fue doloroso y la odió por haber sido tan directa, hasta que fue mayor no terminó de aceptar que ella hacía lo mejor para su hija. Le costara lo que costase.

—Una parte de ti lo hará —sentenció, tirando por la cruda verdad —. Y lo arrastrarás toda tu vida, que será un poco más triste, con menos esperanza. —Hizo una pausa y rodeó con sus brazos a la niña, encogida en el asiento. Temblaba—. Las sombras nos arrebatan fragmentos de luz. Así que no dejes que te lleven, mi amor, por favor, prométeme que no harás nada.

Beth se calló y, porque intuía su respuesta, su madre no insistió. Imaginaría que la mejor forma de aprender era viviéndolo en sus propias carnes. La mujer dejó escapar el aire despacio.

—En una semana aquí me tendrás, pase lo que pase, ¿de acuerdo?

Esa vez la niña asintió con la cabeza y la hundió en el hombro de su madre, que absorbía en su abrazo las últimas lágrimas de su infancia.

Cada persona nacía con una cuenta atrás incorporada, y a Beth le saltaba la alarma de aquellos que estaban a punto de llegar a cero. Con Enric tenía siete días, y no los iba a desaprovechar.

¿Sería un accidente de tráfico? ¿Una caída? ¿La maceta de un balcón? ¿Alguien le haría daño? ¿Se lo haría a sí mismo? Conocía su recorrido de ida y vuelta del colegio, compartían barrio, así que era casi el mismo que el de ella. Durante esos días Beth se pegó al chico, llegando a despertar rumores entre las compañeras. No le

importaba, tampoco le interesaba. Y, de alguna extraña manera, Enric tampoco les daba mucha importancia.

Lo siguió en la distancia cuando iba a los entrenamientos, cuando quedaba con sus amigos en el parque o cuando lo llevaron al centro comercial a comprar ropa. Supo que estaba llegando a niveles preocupantes cuando la regañaron en casa porque habían recibido una llamada de la madre de Enric, en la que pedía que dejara de vigilarlos a escondidas y, si tanto interés tenía en su hijo, se acercara a hablar con él directamente.

Por supuesto, después de aquello recibió otra dura reprimenda por parte de su propia madre por meterse donde no debía y haber incumplido una promesa que ambas sabían que ignoraría.

Le quedaban dos días.

Beth hasta se planteó contárselo todo a Enric. Pero también, en un rincón de su mente, pensaba que nada iba a ocurrir. ¿Y si solo era una fantasía creada por su joven cerebro? Su madre se había encargado de alimentarlo durante años, de darle historias para germinar la idea de que albergaba un misterioso poder.

¿Y si no era real? ¿Si todo era una mentira? ¿Si se trataba de algún tipo de enfermedad? Lo había estudiado en el colegio, como la depresión o los trastornos de la personalidad.

¿Y si hablaba con Enric y luego se quedaba con el cartel de chica rara? Ya le costaba bastante relacionarse con sus compañeras. Le agotaba la interacción social y participaba en las actividades un poco obligada, así que ser apartada de golpe solo la marcaría aún más.

«Beth, la chica rara que sabe cuándo vas a morirte».

No, lo mejor era callarse.

Hasta se planteó obedecer a su madre y alejarse, dejar de intentar arreglar algo que no tenía claro si iba a suceder o de qué manera.

Fue la semana que menos durmió de su vida.

Llegó el séptimo día.

—¿Y qué pasó?

De vuelta al presente, no tenía muy claro cómo habían llegado al Café del Mar, pero ahí estaban. Un camarero en algún momento les había servido café —el suyo era solo y sin azúcar, como le gustaba—

y absorbía el calor de la taza a través de sus manos. Estaba helada a pesar de la temperatura exterior.

Lili había escuchado con paciencia toda la historia, sin una interrupción, hasta que Beth alargó la pausa más de lo necesario.

—Muerte súbita, en clase de gimnasia. De repente se desmayó y llamaron a una ambulancia, pero no sirvió de nada. —Se acercó el café a los labios, ni lo probó—. Nos enviaron a toda la clase con un psicólogo, se decretaron unos días de luto y de vuelta a la normalidad. Creo que un tiempo después le pusieron una placa y vino el alcalde, no sé, yo ya estaba en el instituto.

Lili, que había cogido su sobre de azúcar y pidió tres más, se centró en vaciarlos uno por uno en su taza en silencio. Puede que fuera la primera vez que duraba tanto rato sin abrir la boca, y esa idea le hizo gracia a Beth.

Aunque no estaba para bromas. Había roto una de las normas no escritas de la familia. Había compartido su secreto.

Por un lado, era liberador. Si de por sí no era buena haciendo amigas, tener miedo de despertarse un día sabiendo que en cualquier momento una de ellas moriría en una semana, sin poder hacer nada más que observar, la volvería loca.

Por otro, ¿cuánto debía contarle? Ya que estaba, ¿no sería justo soltarle toda la información?

—Lili, cuando nos conocimos…

—¿Qué son las sombras?

La había cortado a posta, era evidente, pero se lo pasó por alto.

—Antes has comentado que veías sombras, ¿son como fantasmas? —insistió la chica de pelo morado.

Beth se quitó las gafas para frotarse el puente de la nariz. Hablar de ello también la cansaba, demasiadas emociones del pasado que se arremolinaban detrás de sus ojos. Pero había decidido ser clara con ella, ¿no? Pues lo sería.

—No tenemos pruebas.

—¿Y tampoco dudas?

Lili sonreía de lado y Beth no pudo evitar contagiarse de su inadecuado buen humor. Era como contar un chiste en un velatorio. Carraspeó antes de continuar con la explicación:

—Según mi madre, y su madre, y la madre de su madre… Bueno, ya sabes por dónde voy. Se supone que recibimos nuestro don porque estamos conectadas con el más allá. Creo que ya te he mencionado algo en la historia. Es como si fueran las encargadas de darnos las pistas sobre la muerte de las personas. No siempre están ahí, normalmente no las percibimos y son más fuertes en algunas personas, sobre todo las que han perdido a un ser querido y lo llevan consigo.

Lili dio un rápido sorbo a su café, pensativa.

—¿Como los fantasmas o demonios que se cuelgan de los hombros en la mitología japonesa? ¿No se supone que eso se va con un exorcismo?

Beth se encogió de hombros.

—Ni idea, tampoco lo hemos intentado, o al menos no en nuestra generación. Puede que alguna antepasada temiera ser acusada de brujería, ya sabes, no somos ignífugas.

A Lili le brillaron los ojos y supo que era porque había tenido una pésima ocurrencia.

—¿Y no te apetece probar? No sé, mirarle a los ojos y hacer un *fus fus* mágico, con voz grave y misteriosa —dijo, tratando de poner en la entonación de sus palabras una voz bastante cómica.

Beth se colocó un mechón detrás de la oreja, apoyó el mentón en la mano y observó el entorno por encima de sus gafas.

Era última hora de la tarde, fuera había anochecido y el Café del Mar estaba a punto de cerrar, así que entre los escasos clientes que quedaban a ninguno le acompañaban las sombras que, en realidad, apenas había visto.

Si fuera por la mañana, tal vez habría coincidido con alguno, como con el chico del ordenador, concentrado en su trabajo, y del que colgaba, como había descrito bastante visualmente Lili, una de esas sombras. Era una silueta, una persona que debió morir joven y se enganchó al otro, pero no para atormentarlo, no le llegaba esa energía, sino más bien como si se empeñara en darle el final feliz que él no tuvo.

Se había encontrado otro más así, no era común, aunque lo que sí se repetía era que no solían buscar el mal. Por eso no creía a su

madre cuando afirmaba que les arrebataban su luz o su esperanza.

—Más bien, digamos que se esfuerzan en proteger las de los vivos —murmuró.

—¿Qué? ¿Hay alguno?

—No —admitió Beth y se recolocó las gafas—. Ya lo buscaremos otro día.

Entonces se dio cuenta de lo que acababa de decir. ¿Habría otro día?

—Si quieres, claro —titubeó.

Porque tal vez Lili no quería volver a verla.

Se había abierto en canal delante de ella. Apenas se conocían y le había contado su historia familiar, su maldición y cómo le afectaba. Sus temores de preadolescente tomaban forma de nuevo, convertida en «esa niña rara» con la que nadie querría juntarse.

Mojó los labios con el café, ya frío, y arrugó la nariz. Apartó la taza y mantuvo la vista más allá de la chica de pelo morado. Lo mejor sería que se mantuviera en silencio, se despidieran y ahí acabaría todo.

—¡Claro! —exclamó la otra, y le sostuvo la mirada, que emanaba pura emoción—. ¿Quedamos mañana? Nada esotérico, palabra.

Beth se sintió conmovida. ¿Lo haría por pena? ¿Le había caído bien de verdad? Tenía que contárselo todo, la razón por la que empezaron a hablar, por la que la buscó y se reencontraron en esa misma cafetería. Debía hacerlo. Sin embargo, no fue capaz.

La deslumbrante sonrisa de la joven tarotista le impidió decir nada que cortara su felicidad. ¿Por qué se alegraba tanto? ¿Por ella? No, seguro que le haría ilusión hablar de temas sobrenaturales, una chica que tenía por amiga a la dueña de una tienda plagada de duendes, bolas de cristal y libros de meditación con espíritus estaría encantada de tener cerca a una chica «rarita» como ella.

Puede que se sintiera un poco utilizada, pero no le molestó. Todavía tenían unos días por delante que podían aprovechar. Si le alegraba saber más de su mundo, Beth se lo mostraría. Era lo menos que podía hacer. Lo único que haría por ella, hasta que todo terminara.

# 7 - La Justicia



*«Buena para los buenos, mala para los malvados. Paz, orden y armonía».*

Lili prometió que no harían nada esotérico, así que la visita a la tienda Karma la hizo sola. Era temprano por la mañana y nada más entrar se encontró con un par de turistas curioseando unos amuletos contra el mal de ojo. Era una pareja de chicos que analizaban el objeto con verdadero interés, y Lili no pudo contenerse:

—Si os lleváis dos, funcionan el doble.

Los dos se miraron y murmuraron en lo que parecía ruso. Pensó que no la habrían entendido, pero uno de ellos se giró antes de coger un par de amuletos.

—Gracias —dijo con marcado acento.

Pagaron y se marcharon con rapidez, mientras Lili se entretenía ojeando los últimos libros que habían llegado. El título *Sextrología* llamó poderosamente su atención.

—Buena técnica de venta, me gusta —admiró Madame Laisviniro —. Debería aplicarla más a menudo.

Lili dio un respingo y cerró el libro de golpe, ocultando una más que sugerente postura de cama con nombre de arcano mayor. La dueña de la tienda iba con uno de sus vestidos en tono tierra combinado con un chaleco de ganchillo de color lavanda. Mirarla ya daba calor.

—¿Buscas algo, Lililu? ¿O solo cotilleas material nada apropiado para tus jovencísimos ojos?

Mientras hablaba, le arrebató el libro para volver a dejarlo sobre la estantería de novedades.

—La portada es roja, grande y con la palabra *sex*, ¿cómo no va a echar un vistazo nadie? —se defendió.

—Claro, una afirmación tajante, tiene sentido —continuó la mujer, con un tono tan serio que casi resultaba jocoso—. Si quieres te dejo analizarlo con calma…

—¡No!

Las mejillas de Lili se colorearon de golpe. ¿Por qué se sentía como si su madre la hubiera pillado con una caja de condones? Sacudió la cabeza para quitarse las extrañas ideas de la cabeza y su cabello creó una cortina morada a su alrededor.

—No venía por nada de eso —retomó la iniciativa, porque estaba claro que si dejaba que Madame Laisviniro guiara la conversación, terminaría por derroteros terriblemente incómodos—. Era por pagar la sesión de ayer.

—Oh.

Fue lo único que dijo y se alejó, de regreso a su mostrador. Lili la siguió y sacó la cartera. Una tirada de cartas rondaba entre los 50 y los 100 euros, dependía de quién las echara y de la rebaja que aplicara. La dueña de la tienda tenía buena relación con Lili, pero eso no quería decir que le fuera a hacer el descuento que comentó, y ella lo entendía, había que defender el negocio.

—Quédate el dinero, la tirada y la charla fueron un regalo —soltó al tiempo que entrelazaba sus dedos encima del mostrador.

—Pero…

—Me cae bien la chica, ¿le diste mi mensaje? Lo de que no fue su culpa.

Lili tragó saliva, se le había olvidado, o más bien no supo cómo plantearlo.

—No salió el tema.

Madame Laisviniro la observó con calma, valorando las palabras que fuera a decir a continuación.

—Tienes que hablar con ella.

—Ya lo hago.

—En serio. Hablad de lo suyo. Lo necesita.

Sus pausas fueron más contundentes que su gesto, relativamente calmado. A pesar de tener una postura relajada sobre el mostrador, como si esperara la llegada de un nuevo cliente y se planteara si invertir su tiempo limpiando las estanterías o mirando el móvil, su mirada era intensa.

Estuvo tentada de preguntarle cuánto sabía, qué había visto, si es que vio algo, cuando se tocaron. Era evidente que el sexto sentido de la tarotista dio brincos cuando apareció Beth, igual que le pasó a ella, aunque hubo más razones que hicieron que se interesara por ella.

¿Y si Madame Laisviniro conocía a más personas como Beth? ¿Y si tenía más formas para ayudarla? ¿Cuánto del mundo del ocultismo sabía alguien que vivía de él? El golpeteo de una uña sobre el cristal del mostrador la sacó de su ensimismamiento.

—Vale, vale, sí, de acuerdo, que síííííí —cedió cuando la dueña de la tienda la señaló con un dedo—. Hablaremos del tema, de verdad de la buena.

Pero no sería ese día.

Lili le había prometido a Beth una cita normal, y se la daría. O, bueno, lo que ella entendía por normal.

Regresó a casa y comió en familia, con un agradable cosquilleo en el estómago que la acompañó todo el día.

—¿Estás sonriendo? —preguntó con picardía su hermana Cora mientras daba buena cuenta de un gran plato de espagueti con carne, tomate y queso.

Lili trató de esconderse detrás del vaso de agua.

—Claro que no, ¿qué tonterías dices?

—Sí, está sonriendo —ratificó su padre sin levantar la vista del plato y con expresión neutra—. Al parecer todavía recuerda cómo se hacía eso de fingir alegría delante de los demás.

—¡Yo no finjo!

Su padre le sostuvo la mirada y sonrió de medio lado.

—¿Así que es alegría genuina?

«Mierda, me ha pillado», pensó, pero se negaba a admitirlo. Así que prefirió hundir la cabeza, no literalmente, en su plato de espagueti y terminarlo en tiempo récord.

—He acabado, me voy al cuarto. ¡Y ni se os ocurra molestarme! —lanzó a modo de advertencia.

Los dos comensales alzaron una mano para despedirse y gruñeron con la boca llena. Sin duda, eran padre e hija.

Bastaría con esperar una hora. Cora tenía academia de inglés, o de matemáticas o ¿violonchelo? No recordaba con qué instrumento andaba obsesionada. Su padre, por otro lado, debía reunirse con el comité para preparar lo del domingo. En conclusión, tendría la casa para ella sola y sabía cómo iba a aprovecharla.

Con las cortinas oscuras de su cuarto echadas, cogió el móvil y escribió un mensaje, en el que añadió una ubicación. Un par de horas después, cuando el silencio se adueñó de la casa, el timbre sonó e hizo que Lili se levantara de la cama como un resorte.

Beth estaba al otro lado de la puerta, con una falda larga burdeos que subía por su cintura y un top de tirantes en gris. Sus manos aferraban la tira del bolso que cruzaba su pecho y llevaba el cabello largo en una coleta baja que parecía a punto de deshacerse. Sonrió con timidez y toda ella resplandeció.

—Pensaba que habíamos quedado en el Café del Mar. ¿Y este cambio de planes?

Lili se encogió de hombros y se mordió el labio.

—No sé, me apetecía.

Como era costumbre en su casa, Beth se descalzó en la entrada y caminó con cautela detrás de Lili, quien le señalaba las puertas del pasillo con indicaciones básicas del tipo «ahí está la cocina», «al fondo el baño», «el cuarto de mi padre» o «el salón».

Cuando entraron en una de las habitaciones, Beth parecía desconcertada.

—No pensé que fueras una ARMY.

—¿Una qué?

Beth señaló los pósteres en la pared, en los que se repetía la imagen de una decena de chicos asiáticos posando con ropa que les quedaba tres tallas más grande.

—Seguidora de BTS, ¿no te gustan?

—Qué va, yo soy más de Metallica o Nightwish.

—Oh, pensaba… Como estaba en tu cuarto…

A Lili se le escapó una suave carcajada ante la extrañeza de Beth, y cayó en la cuenta de su fallo.

—No, esto es la habitación de mi hermana, Cora —dijo, y señaló la montaña de peluches que coronaba la cama—. ¿En serio creías que eso era mío?

Esa vez fue Beth quien se encogió de hombros.

—Tienes pinta de chica dura por fuera y blandita por dentro, no sé, te pega tener un osito de peluche.

Lili se llevó la mano a la cadera y le dio un buen repaso visual a su invitada.

—Pues contigo sería al revés —comentó y avanzó hasta que pudo percibir su aroma a champú de vainilla—. Blandita por fuera y dura por dentro, ¿puede ser?

—Puede…

Lili inclinó la cabeza, un poco más y rozaría con la nariz su mejilla.

—Bien, veamos lo dura que eres —murmuró.

En un pestañeo, rodeó a Beth y cerró la puerta.

Casi escuchó cómo tragaba saliva, nerviosa. No la podía culpar, desde luego las expectativas de lo que iba a suceder eran altas. Suponía que haberse puesto unos pantalones cortos que dejaban a la vista media nalga y una camiseta de Guns N’ Roses sin sujetador —evidenciado por el sugerente bamboleo en cada paso que daba—, no ayudaba.

No obstante, la forma en que Beth la contemplaba, con cierto distanciamiento, le indicaba que tal vez no estaba pensando en lo mismo que ella. O en lo que su sucia mente era capaz de elaborar. No, Beth estaba más allá, como si tuviera la habilidad de prever el abanico de posibilidades que aguardaban en una habitación ajena, con una chica con poca ropa y no le diera más importancia. Y eso le gustaba todavía más.

En otras circunstancias, la habría empujado —en un pasional arrebato— sobre la cama y empezado a deshacerse de cada una de

la capas que separaban sus pieles. Pero esa era otra Lili, con otra persona, en otro momento, y no quería a ninguna de ellas en su vida en ese instante. Solo tenía ojos para Beth.

—Siéntate ahí —le pidió y señaló una silla *gaming* junto a una mesa con un ordenador.

La otra obedeció y Lili se puso delante de ella. Sin dejar de mirarla, se agachó y, al llegar a sus rodillas, pulsó un botón de debajo del escritorio. Una decena de colores iluminaron la habitación, que se llenó del zumbido del ventilador del ordenador. Lili se incorporó con una sonrisa traviesa.

—¿Sabes jugar?

Beth enarcó una de sus finas cejas.

—¿A qué?

—Al rey de los juegos de rol online. —Hizo una pausa dramática mientras se incorporaba y cogía una silla plegable para sentarse al lado de Beth—. *World of Warcraft*. ¿Lo conoces?

—He oído hablar de él, pero no lo he probado —titubeó de una forma adorable—. Soy más de *Los Sims* o *Animal Crossing*.

Lili le devolvió una tierna sonrisa. La verdad que los juegos *cozy* o de ambientes relajados encajaban con la forma de ser de Beth, que le dieran un rincón donde poder refugiarse de la realidad que la machacaba. Y nada como plantar tomates, visitar a vecinos con rasgos de animales antropomórficos o crear una vida de fantasía virtual perfecta, donde se empieza como propietario de una vivienda y la palabra *motherlode* te salva de la bancarrota.

—Pues vamos a arreglar eso —sentenció Lili, y tomó el control del ratón.

Ni el ordenador de su hermana ni su portátil tenían clave de desbloqueo por orden de su padre, así que enseguida accedieron al programa. Introdujo el nombre de usuario y la contraseña y clicó con rapidez, yendo de un lado a otro de la interfaz. Las luces led del teclado y la alfombrilla cambiaban de color al unísono, en un concierto arcoíris que se reflejaba en toda la habitación.

—¿Por qué usamos el ordenador de tu hermana? —quiso saber Beth, con razón.

La había llevado hasta ahí de seguido y ella, en su inocencia o ingenuidad, se dejó arrastrar por los caprichos de Lili sin abrir la boca.

—Porque tiene un pepinazo de CPU y con las últimas actualizaciones, así que irá a toda leche, ya verás.

—¿Soléis compartir el juego o…?

—Ah, no, que va, si apareciera por sorpresa nos cortaría el cuello. —Se giró a Beth, con una sonrisa tranquilizadora—. Es broma, solo me lo cortaría a mí.

Como respuesta recibió un golpe en el hombro que no dolió.

—Anda, ¿eso es una elfa? ¿Qué es *Silmë*?

Lili soltó el ratón un instante y se apoyó en el respaldo de la silla, más incómoda de lo que recordaba.

—Es… élfico, de *El Señor de los Anillos*, eso seguro que lo conoces, ¿no? Significa «luz de estrella». Es el nombre del personaje de Cora… Qué recuerdos…

Hacía tiempo que no jugaban, y encontrarse con la elfa de mala leche y nombre dulce que dirigía su hermana le trajo una oleada de recuerdos que, inevitablemente, compartió en voz alta. Al menos una parte.

—Hubo una época en que mi hermana disponía de mucho tiempo libre por… temas de salud —empezó, con la nostalgia picándole al fondo de la garganta—. Entonces descubrió el WoW y echábamos partidas juntas, aunque cada vez fueron menos y ahora apenas compartimos aficiones… se hace mayor, supongo, y ya no soy tan guay para ella.

Lo dijo con tono de broma, pero ocultaba una verdad que le pinzaba en el corazón. Cada vez se estaba alejando más de Cora y le costaba alcanzarla. Cuando era más pequeña estaba casi en la obligación de cuidarla y protegerla, lo normal siendo su hermana menor, solo que con un extra que entretuvo a la familia una temporada, con cambios irremediables.

—¿La echas de menos? —preguntó Beth, que la miraba a través de sus gafas con expresión inescrutable—. Deberías decírselo.

«Tienes que hablar con ella», resonó en la cabeza de Lili, con la voz de una exigente Madame Laisviniro aporreando su conciencia.

—Otro día, total, vivimos juntas —le restó importancia.

—¿Y si no hubiera…?

La pregunta quedó en el aire, silenciada por el volumen de la música del juego.

—Mira, aquí te creas un personaje nuevo, ¿qué quieres ser? ¿Horda o Alianza?

—Ni idea —dijo con absoluta sinceridad Beth, que centró la vista en la pantalla y la miraba como si no entendiera ni el idioma.

—A ver, uno es como si fueran los comunistas y otros, los capitalistas. Tal vez si te muestro los personajes… ¡Aquí! Por ejemplo, de la Alianza son los humanos, enanos, elfos de la noche o gnomos. Y de la Horda serían orcos, no muertos, elfos de sangre y goblins. Después hay trece clases, cada una con una característica única, no te agobies, solo que hay razas que van mejor con según qué clase. Puedes ser mago, pícaro (ya sabes, los que engañan y la lían), sacerdote, brujo (estos invocan demonios) o el paladín (este va genial para novatos) o druida, que es una buena opción si no sabes qué elegir. Ten en cuenta que, por ejemplo, si quieres ser mago, te recomiendo elegir un elfo de sangre, o los orcos son buenos cazadores, depende, cada uno tiene sus habilidades y…

La presión de la mano de Beth sobre su brazo la detuvo. Se había metido tanto en el juego que no había apartado los ojos de la pantalla mientras daba las explicaciones y, al volver a Beth, se dio cuenta de su error. Estaba a un dato más de colapsar, y así se lo hizo saber:

—No sé si estoy preparada para jugar… —confesó, saturada—. ¿Pero cuánta información hay que manejar antes de elegir el color del pelo?

—¡Nada! Es superfácil. Yo te ayudo.

Lili se esforzó en que Beth no odiara el juego. No fue complicado, era una buena alternativa para echar la tarde, mejor que adentrarla en *Skyrim* o *The Elders Scroll*. Y mejor ni hablar de *Dark Souls*, donde morir una y otra y otra vez era la mecánica natural del juego.

Para su sorpresa, la novata eligió una mujer orco druida. La llamó MissDoubtfire y, a partir de ahí, todo fue risas.

—¡Pero corre! ¡Que te mata el jabalí!

—¡Lo intento! Te juro que… ¡Maldición!

Lili bufó a modo de carcajada.

—¿Cómo que maldición? ¿Es que estamos en el siglo pasado? ¿Qué tal un recórcholis?

Beth entrecerró los párpados, tratando de fulminarla, lo cual provocó una escandalosa risa en Lili. Mejor tratar de ganársela.

—Anda, déjame, a ver si conseguimos que subas algún nivel *farmeando*.

Juntaron más las sillas y Lili se adueñó de los controles del personaje. Según avanzaba y se adentraba en una mazmorra, para salir con éxito, añadía explicaciones a Beth para que, después, pusiera en práctica los consejos. Era una jugadora terrible, pero buena aprendiz, y no tardó en pillarle el truco.

Las dos chicas sonreían y se lanzaban pullas, con los brazos pegados y las cabezas inclinadas, atentas a las palabras de la otra para, a continuación, girarla a la pantalla y al personaje en movimiento incesante. Lili solo respiraba el aroma a vainilla de Beth y estaba enganchada a sus reacciones cada vez que descubría una novedad.

—Había olvidado lo divertido que es esto —admitió, sin dejar de mirarla.

—Pues cuando quieras hacemos alguna misión juntas o, no sé, lo que te apetezca.

La esperanza que emanaba de las palabras de Beth fue lo que más ilusión le hizo.

—¡Sí! Otro día cojo mi portátil y conectamos.

Era evidente que escuchar «otro día» no le hizo gracia a Beth, pero se contuvo y asintió.

Otro día jugarían.

Y, tal vez, ese otro día también hablarían del poder que tanto la amargaba y en el que ella tenía algo que ver.

Pero eso sería otro día.

# 8 - Las Amantes



*«Encuentro con el alma gemela, inicio de una relación importante y definitiva. Destinada».*

Cuando sus padres se divorciaron, Lili asumió que el amor no existía. Así como los Reyes Magos o el Ratoncito Pérez no eran más que un engaño para tener a los niños distraídos, el amor era para que los adultos se entretuvieran. Nada más que un juego para el que usaban grandes palabras y gestos exagerados. Pura basura romanticona. Hacía cinco años de aquello, ella tenía catorce y su hermana pequeña, siete.

El acuerdo fue amigable, dividieron sus bienes por igual y, para no separar a las niñas, su padre decidió hacerse cargo de ellas. Todavía recordaba la expresión de alivio de su madre cuando se despidieron y les explicaron, en su antigua habitación, que ya no vivirían en la misma casa ni se irían de viaje de vacaciones juntos. Que no tendrían que discutir más por a quién le tocaba el mando a distancia o para decidir dónde irían a comer el fin de semana. Ya no eran cuatro, sino tres. Una familia de tres miembros.

Lili quiso enfadarse con su madre, pero fue incapaz de guardarle rencor. La recordaba ausente, centrada en su profesión como periodista, con horarios interminables y compromisos continuos, donde los eventos académicos o las actividades extraescolares de

sus hijas no tenían cabida. ¿Cómo iba a echar de menos a alguien a quien apenas conocía? ¿Cómo iba a odiarla?

Era su padre el que las arreglaba para el espectáculo de Navidad de la escuela, quien se inventaba los disfraces y las vestía entre bromas. Era él quien las llevaba puntuales a las clases de Taekwondo, inglés, esgrima o danza, lo que fuera que les apeteciera probar. Era él quien las peinaba con más o menos tirones por la mañana, les preparaba el almuerzo y se preocupaba de las citas médicas. Siempre fue él.

Por eso, en su familia de tres, el apoyo era mutuo y constante. Si su hermana Cora tenía un recital a media tarde, iban los tres. Si Lili salía de una entrevista de trabajo con mal cuerpo, se iban a cenar por ahí los tres la hamburguesa más pringosa de Sitges. Y si Joan participaba en la comisión organizadora de las alfombras florales del Corpus Christi, sus hijas lo animarían. Porque para eso está la familia, fuese de cuatro, tres o dos miembros.

—No me lo puedo creer, ¿en serio está en la comisión? ¿Tu padre?

La sorpresa de Beth le pareció hilarante, y Lili tuvo que contener una carcajada. Por supuesto, había aprovechado la ocasión para convertirlo en una cita con su chica misteriosa barra médium barra niña de *The Ring*. Sí, la comparación con la llamada telefónica y el aviso de «siete días» tras ver un vídeo maldito le pareció la mejor manera de describir a Beth. Incluso a ella le hizo gracia cuando se lo comentó.

—Sí, tiene una debilidad por las flores y hace tiempo que quería participar en el Corpus, es su primer año —explicó Lili.

Hacía meses que su padre hablaba del tema sin parar. Cada tiempo extra que había sacado de su trabajo fue directo a la comisión. A su hija le gustaba verlo feliz y distraído. Eso significaba que le daría menos la brasa con lo de buscar trabajo. Pero se equivocaba. Sí, el ritmo bajó, aunque seguía siendo insoportablemente cansino.

—¿Y de qué se encarga? —quiso saber Beth.

—Mejor que se lo preguntes tú misma.

Un poco más adelante Joan paseaba con una carpeta en la mano y charlaba con un grupo de participantes. Con sus vaqueros y polo de manga corta, parecía otra persona, más relajada y radiante. A Lili le gustaba verlo así, en su salsa, despreocupado. Se merecía su tiempo después de haber invertido tanto en criar a dos niñas con un amplio abanico de inquietudes, sobre todo una de ellas. Precisamente, la que estaba a su lado y cotilleaba su carpeta.

—Hola, papá, Cora. Os presento a Beth.

«La chica que me gusta».

Todos se dieron los besos pertinentes y se inició una conversación sencilla sobre el clima que fue encaminándose a las tareas del padre de Lili.

A pesar de que Beth insistía en que sus dotes sociales eran mínimas, se soltó con rapidez con su padre y enseguida intercambiaron opiniones sobre el tipo de flores más apropiadas para las alfombras. En cuanto le contó que su madre era florista y exponía —otra razón de peso para acudir al Corpus—, supo que la relación con Joan sería fluida como el agua.

Lili escuchaba sin prestar atención, asintiendo de vez en cuando, sin apartar la vista de Beth. Había cambiado sus clásicas gafas por unas lentillas, con unos preciosos ojos violeta que parecían irreales. Comparado con los *short* de cintura alta desgastados y la camiseta de licra que llevaba, no tenían nada que ver. Para la ocasión Beth se había puesto un precioso vestido en verde menta de tirantes. Cuando se encontraron y, al tiempo que giraba, exclamó un adorable «¡Mira, tiene bolsillos!». Eran el día y la noche. Ella luz frente a oscuridad. Tuvo ganas de besarla. Pero no era el momento. ¿Cuándo sería? ¿Cuánto le quedaba?

Lili no era tonta. Desde que fue realmente consciente del superpoder que intuía que ocultaba Beth, estuvo haciendo cuentas. Si era cierto que tenía la capacidad de identificar a las personas a las que les quedaba una semana de vida, el cálculo era simple. Se vieron por primera vez en el Café del Mar hacía siete días.

El Corpus Christi era el momento en el que ella moriría.

—No pegáis ni con cola.

Cora se había separado de su padre y acercado a su hermana con sigilo para hablarle casi al oído. Con sus deportivas, falda plisada y camiseta con la frase «*Haber* si me muero» le robó una sonrisa. Era un regalo suyo y un tonto símbolo de que la tenía en cuenta. Un recordatorio de que no estaba sola, a pesar de su distanciamiento.

Su voz cortó de raíz las negativas divagaciones que comenzaron a aflorar. En realidad, desde que aceptó las palabras de Beth, también tomó otra decisión: no pensar en ello. Si era cierto, todo dejaría de tener importancia en un instante y, si era falso, continuaría su vida como siempre lo había hecho.

Hacía una semana tampoco le habría dado tanta relevancia. Por deprimente que sonara, no se consideraba nadie especial. Sus únicas relaciones auténticas eran de su familia. La llorarían un tiempo, pero eran fuertes, sobre todo su hermana pequeña, así que no tardarían en recuperarse y avanzar. Lili estaba muy orgullosa de ellos.

No tenía compañeros de trabajo, amigos de juventud, pareja o amantes. Sus viejos intereses del corazón se habían convertido en ocasionales encuentros de satisfacción carnal, sin más pretensiones, y hacía algún mes que los cortó por pura apatía. La única excusa que tenía para salir al exterior era repartir los malditos folios con su foto y escueto historial laboral. Ni recordaba la cantidad de puertas a las que había llamado y no obtuvo respuesta.

Tal vez estaba deprimida, como le dejó caer en una ocasión Cora. Puede que la tristeza que notaba como una lata a presión en el centro del pecho fuera eso. Era posible que la ansiedad y ganas de llorar que le invadían por la noche, al reflexionar sobre su estado, entraran como parte de la sintomatología. O solo eran absurdas conjeturas. Prefería no darle más vueltas. ¿Qué lograría con ello? Y más con lo que le quedaba.

—¿Hola? Tierra llamando a Lili… —Cora resopló y la observó con un toque de compasión—. Sí que estás pillada, ¿eh?

—¡Pero qué dices!

La gran capacidad observadora de su hermana la cogió con la guardia baja y Lili se sonrojó. Sí, ella, la mujer cuyo armario parecía

un funeral perpetuo y le gustaba mostrar piel de más para provocar a la gente. ¡No se ruborizaba!

—Madre mía, ¿os habéis comido ya la boca? Porque si la sigues mirando así vas a dejar el suelo empapado en babas.

—¡Cora! —exclamó Lili, y bajó el tono al momento—. Como te oiga papá…

Cogió del brazo a su hermana, que, a pesar de tener doce años, se resistió con más saña de lo habitual a que pusiera más distancia con los aludidos. Por fortuna, Beth y su padre caminaban unos pasos por delante de ellas —¿cuándo habían empezado a andar? «Dioses, sí que estoy embobada»—, por lo que ni se habían enterado.

—¿Qué? —la retó Cora, con cero vergüenza—. ¿Estará contento de que le hayas presentado a tu novia? ¿Una persona de verdad y que no comparte tu más que dudoso gusto estilístico?

—Ehm… ¿Gracias?

La niña le dedicó una enorme sonrisa de oreja a oreja.

—De nada. —Y volvió a acercarse a ella para susurrarle—. ¿Así que estáis juntas?

La expresión de Lili debió de ser bastante aclaratoria, pues Cora torció el labio, en desacuerdo.

—No te tenía por una cobarde, hermanita.

Ahí estaba, la Cora sabelotodo y que se metía con ella a la mínima, tratándola como si fuera ella la hermana pequeña y necesitara de un empujoncito. Qué rabia le daba que siempre tuviera razón.

—Es complicado… —trató de justificarse, porque decirle que no sabía bien cómo declararse a una chica con poderes sonaba un poco raro.

—Pues si esperas que sea ella quien dé el paso, puedes quedarte sentada, no la veo muy lanzada, ¿no? Que he leído mucho Wattpad.

A pesar de no querer admitirlo, su hermana iba bien encaminada. Lili había antepuesto sus sentimientos en las decisiones que había tomado respecto a Beth sin tener en cuenta los suyos. Por un lado, tenía la intuición (radar gay modo activado) de que tenía posibilidades con ella. Pero no estaba segura de si la aceptaría. Así

que, sí, si no hacía nada, seguramente no avanzaría, ni tampoco la rechazaría.

Sin olvidar lo de su don e inminente desenlace. ¿Qué derecho tenía ella de trastocar su mundo cuando pronto no pintaría nada en ninguno? Vale, dicho así sonaba bastante triste, pero era como lo sentía.

Se conformaría con tenerla cerca, con bromear con ella y quedarse con el adictivo y tierno perfume a lavanda que, en esta ocasión, desprendía. Que la mirara un par de segundos más de lo socialmente correcto y que se ruborizara cuando le hiciera alguna sugerencia picante. Desde que la conoció no había nada más divertido que molestarla y ver su reacción.

—Si quieres interpreto el papel de hermanita curiosona y te echo un cable. Tal vez me tropiezo y hago que choquéis, o le suelto si le gusta alguien, o si…

—¡Ni se te ocurra! —interrumpió cualquier intención de raíz.

—Bueno, fuiste tú quien insistió en que hiciéramos cosas juntas.

—Pero eso no significa que te metas en mi vida amorosa, enana.

Cora soltó una breve y nada infantil carcajada.

—¿Vida amorosa? ¿Tienes de eso?

—¡Y tú qué sabes!

Lili dio grandes zancadas para separarse de su hermana. Le sacaba más de una cabeza y, aun así, parecía adelantarla en madurez varios metros. Lo cual le servía para hacerla rabiar. Y que le entraran unas ganas terribles de llevarle la contraria.

—...así que la geometría es importante, pero no tiene que ser perfecta para que puntúe alto —explicaba su padre a una Beth que sonreía no muy convencida. Tenía pinta de que su capacidad socializadora estaba llegando al límite.

—Ey, papá, ¿cómo vais? —entró Lili en la charla y la otra chica la miró esperanzada.

—Bien, cielo, le estaba contando a tu amiga sobre el sistema de puntuación que usamos, aunque después haya un toque subjetivo, es inevitable, ya sabes que…

—Sí, claro —lo cortó—. Por cierto, ¿cuándo tenéis que compartir los resultados? Me ha parecido ver a más tipos con carpetas como

las tuyas por ahí.

—Mierda. Vale, será mejor que me vaya. —Se giró a Beth con una enorme sonrisa—. Un placer conocerte, estoy deseando ver la alfombra de tu madre. —Su expresión se transformó al dirigirse a su hija mayor—. No pierdas de vista a tu hermana, recuerda que querías pasar más tiempo con ella. Os aviso cuando acabe y nos iremos a comer.

Su padre se marchó sin dar opción a réplica ni sugerir un cambio de planes. Aunque, si mencionaba que quería comer con Beth, lo más probable era que terminara compartiendo mesa con ellos en alguna hamburguesería familiar, perdiendo todo el encanto de una cita más o menos formal.

—Bueno, chicas, ¿por dónde vamos ahora? —preguntó Cora, tras ellas.

Adiós a los resquicios de su cita.

Lili alzó la vista y resopló. Si tocaba hacer de hermana mayor, haría de hermana mayor.

—Vamos a seguir sumergiéndonos en la cultura a través de una tradición que implica horas de trabajo para ver cómo después las flores son pisadas por una procesión —resumió.

Entonces Beth soltó una breve carcajada que cerró con un ronquido adorable y Lili pensó que toda carga sería poca si obtenía esa risa como recompensa.

Continuaron por el recorrido programado. Las alfombras se alargaban como si no tuvieran fin, con cintas a cada lado que impedían cruzarlas y así conservar su belleza unas horas más. Era un bonito y efímero espectáculo. El aroma de las plantas frescas y recién cortadas inundaba las calles, que se mezclaba con la presencia de vecinos y turistas. A pesar de ser un evento bastante conocido y atraer a un buen número de visitantes extranjeros, el Corpus seguía siendo un destino principalmente para la gente de Sitges. Puede que fuera una costumbre que a Lili no le hiciera mucha gracia, sobre todo por el origen religioso, pero era suya, y le tenía un extraño cariño que le hizo ilusión compartir con Beth.

—¿Has visto ese dibujo? ¿No te parece precioso?

La chica de pelo castaño y lentillas en lugar de gafas de pasta cogió su muñeca y tiró hacia uno de los lados de las cintas, señalando el diseño de una colmena minuciosamente detallada, hasta con una abeja reina en su interior. Sin embargo, Lili solo tenía ojos para Beth. Para su sonrisa emocionada y sus ojos brillantes tras el cristal, de un violeta más intenso, tal vez reflejo de los pétalos de las flores.

—Sí, es precioso.

La había escuchado quejarse de la floristería de su madre, pero era evidente que le gustaba. Tal vez no el trato con el cliente o la gestión del negocio, sino el arte de mantener con vida seres tan delicados y que tanta belleza proporcionaban en cualquier lugar.

Las tres chicas contemplaron las obras artísticas con calma. El buen tiempo animaba a una mañana sin agobios, de paseo relajado y café sin prisas. No era mediodía, pero daban ganas de sentarse en una terraza a disfrutar del sol y la brisa marina, de una charla sin grandes preocupaciones. Tal vez planear las vacaciones de verano, organizar una escapada a la playa o reunirse con los amigos para ir a bailar sin una hora de regreso a casa.

No era mal día para morir.

Lili casi se sintió orgullosa de lo poco histérico que sonó el pensamiento en su cabeza. Porque si lo analizaba o trataba de asimilar en serio lo que le iba a ocurrir, tendría ganas de chillar hasta quedarse sin voz. ¡Solo tenía diecinueve años, joder! ¿Por qué…? ¿Y si…?

Se dio un sonoro bofetón que hizo que sus acompañantes la miraran, sorprendidas.

—¿Estás bien? —quiso saber Beth, precisamente a quien menos quería preocupar, y la que enseguida se puso alerta.

Lili tuvo la impresión de que su expresión se volvió más afilada; sus ojos, más observadores.

—¿Te duele algo? ¿Ha sido un reflejo? ¿Notas algo diferente? —siguió, y posó la mano en su frente—. ¿Tienes fiebre? ¿Escalofríos?

Entonces se percató de lo que sucedía. No era la única que estaba dándole vueltas a la fatídica fecha y lo que, en teoría, iba a suceder. Lili recordó el pasado de Beth y el trauma que le dejó el

fallecimiento de su amigo. Lo último que quería era acabar como una huella negativa más en el fondo de su memoria. Prefería terminar como un bonito momento de su pasado, algo que evocara cuando estuviera triste o que le diera fuerza en pleno bajón.

Así que tendría que ponerse manos a la obra si disponía de ¿horas?, ¿minutos?

Alzó los dedos y acarició el dorso de Beth, prendida de su frente. Esta se quedó quieta, igual que un cervatillo por las luces de un camión, sin saber cómo reaccionar a su tacto. A Lili le pareció enternecedor.

La gente las rodeaba y esquivaba, una familia de turistas comentaba a voz en grito los colores de la alfombra y Cora daba un paso atrás para darles intimidad. Ninguna de las dos se dio cuenta, metidas en su burbuja. Hacía calor y notó la piel de Beth húmeda al contacto. Se preguntó si estaría nerviosa, si tendría miedo, si estaría imaginando el sabor de su boca o solo tragaba saliva al no ser capaz de liberar las palabras de su garganta.

La escandalosa familia extranjera —franceses o canadienses— avanzó pegada al cordón que separaba a los visitantes de las flores y, en un descuido, empujó a Beth por la espalda. Lili alargó un brazo y le rodeó la cintura antes de que perdiera el equilibrio. Su otra mano seguía enredada en la de Beth, por lo que de repente adquirieron una extraña postura de danza que ninguna se atrevía a iniciar.

Era la primera vez que se tocaban durante tanto tiempo y le alivió comprobar que la mujer de ojos violeta no la rechazaba. Se habían quedado imantadas la una a la otra. Y Lili pensó que podía ser el momento de dar un pasito más y tirarse por el precipicio. Afianzó el agarre en la cintura de Beth y aproximó su rostro despacio. El aroma a lavanda que no provenía de ninguna flor la abrumó, dejándose sumergir. Bastaba un segundo para…

—¡Beth, *carinyet*, has venido!

El mundo volvió a girar en cuanto la aludida se giró y Lili se zampó una buena mata de mechones castaños. Una mujer de mediana edad, con el pelo corto y enormes pendientes con borlas rojas saludaba con efusividad. Vestía un peto caqui del que asomaba

una camiseta promocional de una floristería. Unió las pistas y, como la gran observadora que presumía ser, dijo:

—Anda, es tu madre, ¿no?

Lili se habría reído de la situación si no fuera por la cara de pánico de Beth. O no quería que las vieran juntas (taaaaan juntas) o no le apetecía estar cerca de su progenitora. Por cómo oscilaban los ojos de ella a su madre, intuyó que lo mejor era darles espacio. Aprovechando una nueva oleada de curiosos que las rodeaba, rozó la oreja de Beth con el aro de su nariz mientras le susurraba:

—Te busco en cinco minutos.

Al alejarse, vio cómo Beth se tocaba, nerviosa, donde acababa de depositar un fugaz beso. Estaba tan roja como los claveles de las alfombras. Lili se sonrió a sí misma, satisfecha de lo que provocaba en la chica.

—Entonces… ¿Ya os habéis comido la boca? Mira que os he dado espacio.

La impertinente de su hermana pequeña escogió aquel momento para surgir de entre la marabunta de turistas. Su expresión no tenía nada que envidiar a la de Lili, igual que la del gato Cheshire en *Alicia en el País de las Maravillas*.

—¡Cora! —empezó a regañarla, pero le vino bien su ausencia temporal, así que le dio una palmada en la cabeza como agradecimiento. Ventajas de ser, por el momento, la más alta de las dos—. ¿Quieres un helado? Tengo que estar de vuelta pronto.

Cora dio un bote de alegría y señaló hacia el otro lado de la calle, con menor afluencia de gente. Había un puesto con chucherías y bebidas frías que mostraba un muy comercial cartel con marcas de helados cargados de aditivos nada saludables. Lo que más le gustaba a su hermana.

—Vale, elige uno —la animó cuando estuvieron junto al cartel. El hombre que atendía les dijo que algunos precios estaban mal, así que tocaría soltar más pasta de la indicada.

—¿Tú no quieres? —preguntó Cora.

—Te robaré —bromeó al ver cómo su hermana abría mucho la boca, indignada—. Tranquila, luego tomaré uno.

—Invitarás a tu chica, ¿eh? —la picó.

Y Lili le ofreció una sonrisa sincera.

—Claro.

Mientras Cora revisaba con detalle el cartel, se fijó en un local próximo. Era una librería de segunda mano, que en vez de escaparate tenía grandes paneles de madera con tipografía antigua donde se leía Llibres Barats y Llibres Antics. En el exterior habían puesto un par de cajas con montones de libros y Lili se acercó para ojear. Entre novelas románticas con portadas de hombres descamisados y manuales de autoayuda, cocina y crianza, encontró uno de bolsillo que le llamó la atención: *Tarot para principiantes, cómo adivinar tu futuro y el de tus amigos*, con la ilustración de un niño con una baraja que parecía hecha a mano, entre lo tierno y lo cutre. Un regalo ideal.

Se imaginó la cara de Beth al recibirlo, conteniendo las ganas de tirárselo a la cabeza, y le pareció maravilloso. Comprobó la cartera, su padre le dio un extra aquella mañana para aprovechar el Corpus, así que podía permitirse perder unos euros. Iba a entrar a la tienda cuando escuchó el escándalo.

Supuso que alguien gritaría un «¡cuidado!» o «¡apartaos!», cualquier tipo de aviso para que la gente fuera echándose a un lado, incluso pisando las alfombras florales, para que el coche que acababa de colarse en la zona de exhibición pasara.

Después, en las noticias, dirían que se trataba de una mujer mayor, que se confundió con el GPS y, sumado a una medicación mal administrada, no tenía claro por dónde ni a qué velocidad iba. Desde luego, demasiado rápido para meterse en pleno centro lleno de peatones.

El coche la embistió. Lili solo se quedó con que era de un horrible color berenjena, la matrícula estaba un poco caída y tenía una abolladura delante.

Lo demás fue oscuridad.

# 9 - La Muerte



*«Necesario abandono del pasado para acceder a un futuro lleno de promesas. Cambio».*

—¡Beth, *carinyet*, has venido!

La voz de su madre la sorprendió a sus espaldas. En realidad, no tenía ninguna gana de acercarse a saludar, a pesar de los efusivos intentos de esta por llamar su atención o recordarle, con más o menos sutilezas, el puesto en el que estarían desde primera hora de la mañana.

Debió de ser el aturullamiento mental provocado por la intensa presencia de Lili. Todo era Lili. Estaba embrujada por el cabello pintado de morado y su mirada siempre sugerente. Cada una de sus palabras ocultaba más de lo que decía. El roce de su piel era inesperado y agradable. Beth no había tenido interés en tocar a nadie hasta que la tarotista apareció en su vida.

Se justificaba con que por eso había decidido implicarse. Sentía que se lo debía. Y, sobre todo, quería hacerlo.

El Corpus era el día en que sucedería. Tuvo pesadillas en las que revivía su visión, o lo que su extraño don le había permitido ver. El caos, el ruido y las flores amarillas. No tenía claro cómo o cuándo sería, así que la única forma de asegurarse de que saldría ilesa de ahí era mantenerse pegada a ella, algo que tampoco parecía disgustar a Lili.

¿Sería el ataque de un loco con un cuchillo o una pistola? ¿Una pelea en la que acabarían metidas y Lili recibiría una herida mortal? ¿O un trozo de balcón que se desprendería? ¿Tal vez una enfermedad o un ataque al corazón, o…?

Beth se forzó a calmarse o perdería la perspectiva, y debía estar alerta.

Por el momento, todo iba bien, incluso con el gentío y el calor (¿o era solo ella?). La hermana pequeña parecía divertida y su padre, encantador. El lugar era ideal para una bonita cita, con flores a sus pies que lucían temporales dibujos geométricos, en un orden que las embellecían más. A pesar de que en cuanto veía algún pétalo amarillo, se ponía en tensión.

Escuchar la voz de Carme, no ayudó.

—Anda, es tu madre, ¿no?

Lili, más perspicaz de lo habitual, debió de leer el terror en su expresión y fue a por la opción más lógica. Y eso que ella no sabía ni la mitad de la historia. Pues la verdadera razón por la que le cambió el gesto era que, como la pillara con Lili, le caería una gorda. Aunque su madre no sabía que ella era la chica de la visión. Ni le preocupaba que la viera con alguien de su mismo sexo; en su familia eran bastante abiertos y les encantaría que les presentara a una persona que despertara un interés, del tipo que fuera, en ella. Pero seguro que se daría cuenta de que había algo más, y no le apetecía nada tener que soportar otro sermón de su madre o ver su decepción tras confirmar quién era Lili. ¿Qué iba a hacer?

Por suerte, fueron en su rescate. O más bien se dieron a la fuga.

—Te busco en cinco minutos —informó la chica de pelo morado, que le dio un fugaz beso en la mejilla.

Beth se sonrojó. No esperaba un contacto tan directo e íntimo. Tampoco esperaba que le apeteciera repetir. Vio cómo Lili se marchaba con Cora y lanzó una plegaria al cielo para que fueran menos de cinco minutos y que no ocurriera nada mientras no la vigilaba.

—¿Quieres que haga como que no te he visto con una amiga o puedo bombardearte a preguntas? —soltó su madre en cuanto se encontraron.

—Por favor, mamá…

Estaba incómoda y la otra lo notó, así que hizo un inmenso acto de autocontrol —lo captó en sus ojos— y optó por la primera opción.

—Vale, vale —cedió—. Ven, quiero que veas cómo ha quedado.

Beth se dejó guiar a una de las calles con menos ajetreo, donde se hallaba la alfombra en la que llevaba trabajando su madre con dos empleadas más (voluntarias) desde primera hora de la mañana.

—Es… impresionante.

Le salió del alma, lo cual provocó que Carme sonriera de oreja a oreja, henchida de orgullo.

—¿Verdad que sí?

A sus pies se extendía un jardín en dos dimensiones. Los claveles se habían transformado en rosas, camelias y tulipanes. No hacía falta ser un experto florista para reconocerlas, cualquiera detectaría las diferencias y se sorprendería con el detalle obtenido de los pétalos en rojo. No había ninguno en amarillo. Le gustó que su madre se acordara.

—Habréis tardado horas —observó.

—Unas cuantas. —Carme sacudió la mano para restarle importancia—. Merece la pena.

Beth asintió.

—Es una lástima que vaya a ser pisado y olvidado… —dijo con tristeza. Porque realmente le apenaba que una obra tan preciosa acabara desapareciendo con el paso de la procesión.

—Bueno, es su objetivo, ¿no? —apuntó su madre, que sacó el móvil para hacer fotos al resultado de su trabajo—. Puede que exista durante apenas una mañana, lo importante es la huella que deja. ¿Qué te parece? ¿Puede servir para internet? —quiso saber mientras le mostraba las instantáneas en la pantalla—. Laura dice algo de abrirnos una cuenta de Instanosequé y así atraer más clientes, que hay que hacer muchas fotos bonitas para…

Beth dejó de escuchar en cuanto llegaron los primeros gritos. Parecían lejanos, pero el eco de las calles reverberaba en sus tímpanos y daba la impresión de que ocurría a un metro de distancia.

—¿Lo has visto?

—Hablan de un coche, que iba a lo loco.

—¿Pero aquí?

—¿Vamos a ver?

—No sé… ¿Y si hay víctimas?

—¿Las hay?

Las conversaciones a su alrededor se mezclaron en una sola voz, en un único aviso. Había ocurrido. Lo supo, tan simple como eso.

Su madre dijo algo más, incluso le agarró el brazo, pero Beth se soltó de un tirón y salió a la carrera. A pesar de que el vestido no era lo más cómodo para ello, ni las sandalias de tacón, logró impulsarse y esquivar a los visitantes y curiosos. Las alfombras quedaron en segundo plano, algunas incluso fueron pisadas antes de tiempo por los cotillas ansiosos de un buen suceso.

El miedo todavía se respiraba en el aire cuando llegó.

Los murmullos a su alrededor daban pinceladas de información que su cerebro asimilaba a cachos. Que si habían avisado a emergencias, una ambulancia de camino, que era peligroso acercarse, que había pillado a una mujer.

Beth palideció. El calor y la alegría de la mañana se evaporaron en una sola frase y una idea que se había hecho realidad. Una visión que se cumplía. Y peor, por su culpa.

«Se ha alejado de las alfombras por mí. Se ha marchado porque me he encontrado con mi madre y nos ha dado espacio, si no fuera por eso, habría seguido en el paseo, con su padre y su hermana. Dios. Cora».

Estaban juntas cuando le prometió que se verían en cinco minutos. ¿Dónde se había metido la hermana pequeña? Beth se planteó el peor escenario, a pesar de que su poder le habría advertido si la niña fuese a acabar como Lili.

No era como en las películas, donde un fundido a negro mostraba la escena del suceso, con tonos oscuros y música tensa. En la vida real era más crudo y extraño. Un coche se había empotrado contra el escaparate de un local, parecía una librería antigua. En una imagen surrealista, pétalos de claveles amarillos danzaban con hojas de libros destrozados por el impacto. Alrededor del coche se había creado un círculo de seguridad en el que pronto

se colocarían las cintas policiales. Antes de que llegara nadie, Beth tenía que verlo.

Porque no quería creerlo. Era imposible que hubiera vuelto a ocurrir. ¡Se había esforzado tanto! De acuerdo, no había hecho caso a los consejos de su madre y terminó implicándose. Bien, le había cogido cariño a la chica (tal vez más que cariño) y por eso trató de evitarlo. Vale, conocía las normas no escritas y que pasar de ellas significaba perder un fragmento de sí misma. Su madre se lo explicó de niña, pero no lo entendió hasta que fue adulta. Hasta que pudo sentir y amar.

Dolía tanto que se estaba rompiendo.

Se resquebrajaba.

Se partía en mil pedazos.

Beth tuvo que acuclillarse para sostener su palpitante cabeza. Los latidos de su corazón resonaban en su cráneo con fuerza. Su visión se volvió blanquecina, se iba a desmayar.

—Menudo porrazo, ¿eh?

—¿En serio que no te ha pasado nada? ¿Estás segura?

—¡Ni me ha rozado! Ha sido increíble, como cosa del destino. Anda, ¿Beth? ¿Por qué eres una pelotita?

Abrió los ojos y se encontró con los castaños perfilados en negro de Lili. Una tonta sonrisa prendía de su rostro, la de alguien que acababa de vivir una experiencia increíble y aún no la había asimilado. Su cerebro seguiría bombeando adrenalina, por ello su mirada era más intensa, casi salvaje.

Una mirada que Beth pensó que jamás volvería a ver.

En un impulso, se lanzó hacia adelante y estiró los brazos para atrapar a la chica de pelo morado. Las dos cayeron al suelo y rodaron. El improvisado público las observaba con suspicacia, juzgando para mal su infantil comportamiento en mitad de un accidente. A Beth no le importó. Solo se centró en abrazar a Lili, rodearla y sentir su calor de criatura todavía viva.

—Estás bien, estás bien —repitió, más bien para sí, sollozando—. Joder, estás bien…

—Pensé que nunca te oiría decir una palabrota —farfulló Lili, entre risas nerviosas y la necesidad de respirar—. Beth, aire.

La aludida la soltó, pero no terminó de liberarla, pues enmarcó su rostro para confirmar que estaba de una pieza.

—Cuéntame qué ha pasado —la interrogó.

—¿Aquí? ¿Ahora?

Las dos se habían quedado medio sentadas en la acera, cerca de un puesto de chucherías del que los clientes debieron huir espantados por el suceso. Solo el dueño se quedó en el mostrador, vigilando que la mercancía y la caja siguieran en su lugar. Las sirenas de la policía y la ambulancia se escuchaban cerca, en breve acordonarían la zona y comenzarían las preguntas molestas. Había demasiados testigos, así que los agentes tendrían entretenimiento para rato. Por suerte, la ambulancia regresaría con la camilla vacía, o con la conductora del coche, que seguía con las manos al volante y la cabeza ladeada; probablemente debió de perder el conocimiento tras el choque.

—Ahora. Aquí —insistió Beth.

No era solo que necesitaba saber cada detalle lo antes posible, sino que además sentía que, al levantarse, las piernas le fallarían de la impresión. O había algo más. Sin duda, algo más le había pasado, pero no era capaz de analizarlo, aún.

A unos metros, Cora tranquilizaba a su padre, que se había acercado tras oír el alboroto y descubrir el pelo morado de su hija en mitad del follón. No muy lejos de ellos, Carme había abandonado su puesto en la alfombra de la floristería para tratar de averiguar lo que ocurría y por qué se había marchado tan afectada. No tardaría en caer en la cuenta para confirmar la razón de su inquietud.

Sin embargo, ni Beth ni Lili tenían pensamientos para ellos. Atrapadas la una en las manos de la otra, sus frentes se tocaban y se sostenían la mirada. Hablaban tan bajo que nadie habría sido capaz de escuchar lo que decían, ni siquiera pegándose a ellas. Crearon su propia burbuja impenetrable. Tal vez había algo de magia en ella. O puede que solo su deseo de intimidad tomaba forma.

—Ha sido muy raro —empezó Lili, sin separarse un ápice de Beth —. Estaba ahí en medio, mirando libros, cuando oí el coche. Supuse que venía de la carretera o de más lejos, yo qué sé, lo último que esperaba era que se me echase encima.

—¿Y?

—Pues que lo hizo, de repente vi que se me venía, y yo me agaché por instinto, porque supe que saltar o rodar era absurdo, ¡como si pudiera esquivar un cacharro así! Ni que estuviéramos en una película. Así que solo me encogí y pedí…

—¿Pediste?

—Sí, bueno, no soy de rezar, así que pedí al cielo o a quien fuera que pasara rápido, que no doliera, que no me dejara en coma durante años enchufada a una máquina y mi padre tuviera que tomar la decisión de desconectarme, con mi hermana dejando los estudios por el estrés y yo convirtiéndome en un fiambre en una cama de hospital.

A Beth se le escapó una suave risa, más sutil que la de ronquera que tanto le gustaba a Lili.

—Perdona —se disculpó al ver que la otra enarcaba una ceja, descolocada—. Es que no imaginaba que habrías tenido tanto tiempo para pensar o pedir.

—Lo de que la vida te pasa ante tus ojos antes de morir, no sé, pero que hay una pausa que se hace eterna, eso sí es verdad —confirmó Lili.

Sus alientos se mezclaron a escasos centímetros de sus bocas. Beth entrecerró los ojos. Ese día se había puesto lentillas y, aun así, le costaba enfocar bien tan de cerca. No quería perder detalle de la manera en que se arrugaba la comisura de los labios de Lili o cómo clavaba los ojos en ella, anclándola a la realidad, al mundo, a uno en el que estaban las dos con vida.

—Y qué más —la animó a seguir.

—Hubo como un fogonazo. Todo era negro, luego, blanco. Estaba en mitad del caos y, al segundo, me habían apartado. El coche ya no lo tenía encima y tampoco iba a morir atropellada.

Beth no tenía claro qué creer. Tal vez, si hubiera sido una estudiosa del ocultismo o hubiera dedicado parte de su juventud a estudiar los viejos libros de su familia, los relatos o historias que se narraban de boca en boca, habría tenido más en cuenta a la sombra que acompañaba a la mujer del coche. Puede que entonces se hubiera planteado la loca idea de que su teoría de que no buscaban

el mal era cierta y que, en casos puntuales, con la fuerza suficiente y energía especial que les impulsara, serían capaces de interactuar con el plano de los vivos. Mover, empujar, tirar o lanzar.

—¿Te habían apartado? —repitió sus palabras Beth.

—Sí, no, no sé, ¿he dicho eso?

Lili parecía genuinamente confundida. Y con razón. Lo más seguro era que el acto que acababan de realizar no estuviera permitido. ¿Sombras salvando vidas? Eso sí que era insólito.

Pero ¿por qué lo harían?

—¿Qué más pediste? —quiso saber.

—Por ti.

Beth abrió mucho los ojos y se separó por instinto, hasta que Lili posó la mano en su nuca y la mantuvo fija en la misma postura. Apenas tuvo que hacer presión. En el fondo, no quería moverse. Necesitaba escuchar lo que iba a decir.

—Pedí que estuvieras bien sin mí, que no te culparas, que no sufrieras, que si acudías a mi entierro fuera para quejarte de la selección musical o para decirles a todos que era una tía genial, divertida, guapa, sexi y con un gran gusto de la moda. Que no te quedaras en un rincón lamentándote ni pensando en los mil «y si». —Acarició con la otra mano su mejilla, ruborizada—. Pedí que no me lloraras, que me recordaras con cariño, como una amiga increíble que te hizo creer en la magia.

Beth colocó la mano sobre la de Lili, apoyándose en ella.

—¿Una amiga?

—O lo que tú quieras.

Beth apretó los labios, pensativa. Tímida.

—Tal vez prefiera algo más…

Notó que sus dedos se tensaban y la expresión de Lili echaba chispas. Era un maldito incendio que amenazaba con chamuscarla.

—Quiero besarte —le advirtió.

Beth rio y, esa vez sí, se le escapó el ronquido.

—Casi suena a amenaza.

—Puede que lo sea —murmuró la tarotista, acortando un milímetro la distancia entre ellas—. Un aviso de que algo peligroso y terrible puede ocurrir.

—¿Como una maldición? —siguió en el mismo tono bajo Beth y cerró los ojos, invitándola a continuar.

—Como que te enamores de mí.

Si hubiera tenido oportunidad de seguir hablando, Beth le habría dicho que no era posible, porque ya había pasado. Por eso le había exigido que contara lo ocurrido, cada detalle, cada instante y pensamiento, para así entender cómo había conseguido esquivar su destino. Lili ya no iba a morir en siete días, ni diez ni treinta. O sí. No lo sabía, porque Beth acababa de perder su don. Y lo celebró con el primero de muchos besos inolvidables con su chica.

# 10 - Las Estrellas



*«Consecución de los esfuerzos llevados a cabo. Concreción de los sueños y de las esperanzas o un nuevo inicio».*

El tarot hablaba del pasado, presente y futuro. Explicaba el origen de un problema, decía cómo afectaba al presente y trataba de esclarecer qué efectos tendría en el futuro, según el camino que se tomara. Sin embargo, a veces sus cartas también se equivocaban. Y con Beth no habían dado una.

Lili lo tenía claro. Ciertas personas tenían como un escudo protector que impedía ver a través de ellas, ni siquiera su querido tarot podía traspasarlo. Otras, en cambio, eran abiertas como libros de una biblioteca pública, como la pareja que tenía delante.

—La carta de Las Estrellas os augura un porvenir maravilloso a los dos —explicó Lili, con la vista entre la baraja de la mesa y el hombre y la mujer que la miraban con una pizca de desconfianza—. Es una relación trabajada, que habéis construido desde los cimientos, por lo que será más difícil que estos caigan. Tenéis un entorno positivo que os apoya, os irá bien.

—Ya, bueno, ¿nos vamos?

Fue el hombre quien habló. Era joven, aunque se le notaba que había vivido experiencias de más. Era un cliente habitual del Café del Mar, que solía acaparar una mesa con el portátil, hasta que una mujer y su hijo pequeño empezaron a acompañarle, además del que

parecía ser el abuelo del crío. Beth le habló de la sombra que lo seguía y cómo, en cuanto se juntó con esta familia, se fue evaporando. Daba la sensación de que había cumplido su tarea o algo así. Es lo que a Lili le gustaba pensar. Por lo que la pareja se merecía su final feliz.

—Sí, vámonos —aceptó ella, y se dirigió a Lili—. ¿Seguro que con un café es suficiente?

—¡Claro! Es el pago habitual. Un capuchino.

La mujer le sonrió antes de ir a la barra a invitarla a su café.

—Deberías cobrar más caro las lecturas, sobre todo si son tan buenas.

Lili le devolvió el gesto, le pareció un encanto de persona.

—Eso lo deciden las cartas, no yo.

Se marcharon y empezó a recoger la baraja con cuidado, en su ritual para conservar el toque especial que las hacía únicas. Entonces, los primeros acordes de *Smoke on the Water* interrumpieron su pequeña ceremonia. Lili contestó el teléfono a desgana.

—Qué pasa, papá.

—Hola a ti también, cielo —contestó, en su habitual saludo—. ¿Te queda mucho? Es por saber si me pongo con la cena o te esperamos.

—Es domingo, ¿hoy no tocaba *pizza*?

—Sí, a menos que quieras otra cosa…

—¡Ni hablar, me niego! —protestó Cora de fondo con voz chillona —. ¡Nadie va a quitarme la especial de carbonara con piña!

—Eres la única de esta casa a quien le gusta esa mezcla tan rara, hija —respondió su padre, alejándose del móvil.

Lili disimuló una sonrisa. Sí, solo a su hermana pequeña le gustaba ese tipo de *pizza*, pero la compartían entre los tres, sin una sola queja y, a ser posible, con una película mala de Netflix, puede que de algún cocodrilo o pulpo modificado genéticamente que atacaba un misterioso trasatlántico que resultaba estar lleno de fantasmas. Un clásico.

Adoraba a su familia.

—Papá, cenad ya si queréis, yo estoy bien, tengo… una cita, así que puede que llegue tarde —confesó, en un tono apenas audible.

—Lo sé, cariño. —Casi sentía su cálida sonrisa al otro lado del aparato—. Pásalo bien, escríbeme cuando vayas a venir, ¿de acuerdo?

—Sí, sí.

Hubo una pausa imperceptible, que marcaba la diferencia de lo ocurrido hacía casi dos semanas.

—Te quiero, hija.

Lili iba a resoplar, pero se contuvo y pegó la mejilla al móvil.

—Y yo a ti. Hasta luego.

—Adiós.

Tardaría un tiempo en olvidar la expresión de pánico de su padre cuando vio el accidente. A pesar de que le dijo una y mil veces que estaba bien, que los médicos se lo confirmaron y hasta se mostraba en las radiografías, analíticas y demás informes, aquel día les arrebató un bien precioso. La ignorancia de la mortalidad. De repente, podía pasar, en cualquier momento. Un día existes y al rato, en un puf, la vida se esfuma.

Por lo que era importante decir las cosas. Hablar. Abrazarse. Su padre se había vuelto más cariñoso, por suerte sin llegar a ser empalagoso, aunque a veces rozaba el exceso edulcorado. Era comprensible, nadie se plantea perder a una hija y él tuvo que recuperarse de esa posibilidad, por segunda vez.

Otro de los puntos positivos era que ya no la agobiaba tanto con su futuro laboral, la necesidad de cotizar y de tener recursos propios. Preferían vivir el presente, disfrutar de él, hacerlo en familia sin malgastar el tiempo regalado. Porque Lili sentía que todo después del Corpus era una vida extra. Igual que en un videojuego, con la opción de volver a jugar si se echaban más monedas, o si se conseguía la poción para revivir. Solo tuvo una oportunidad más. La última. Debía aprovecharla.

—Me han dicho en la barra que esto es para ti.

Beth, con un ligero vestido de lino, le dejaba una humeante taza de café ante ella. Que hubiera tenido el cuidado de evitar tocar

cualquiera de sus cartas, todavía diseminadas en la mesa, hizo que la quisiera aún más.

—Gracias, ¿y el tuyo? —preguntó.

—Ahora me lo traen —dijo, mientras tomaba asiento delante de ella—. A menos que la tarotista del local haga el honor de leer mi futuro.

—Por supuesto, ya sabes el precio.

—A la siguiente invito yo.

Lili recuperó sus cartas y empezó a barajarlas. Las dividió e hizo que Beth eligiera un montón, que fue el que usó para la tirada. Era la primera vez que lo hacían en serio y, por un instante, se sintió cohibida. Además, todavía recordaba el mal rato que pasaron en la tienda esotérica Karma, lo último que quería era que lo reviviera.

Sin embargo, era evidente que Beth estaba por encima de aquello.

—Entonces, ¿compro lotería o no? Si me das una pista con algún número…

Lili le sacó la lengua.

—Ojalá fuera tan fácil, o no estaría aquí mendigando cafés.

La tensión que le agarrotaba las manos se relajó y pudo iniciar la tirada con más soltura. Colocaba cada carta boca abajo con un grácil movimiento de muñeca, sin pensar, centrada solo en sentir la energía que emanaba para que fluyera por sus dedos. Beth le había enseñado una nueva perspectiva de la realidad, una que intuía y a la que ella dio forma. El mundo era más grande y bonito desde que la conoció. Aún le quedaba mucho por aprender, pero no lo haría sola. Nunca volvería a estarlo.

—Oh, ¿esa es buena?

Beth analizaba la tirada a través de sus gafas de pasta con interés. Nada que ver con su primer encuentro.

—Sí, más o menos, depende de cómo se interprete, si está invertida o con qué otras cartas está acompañada.

—Vaya, es más difícil de lo que pensaba.

La observación hizo que Lili hinchara un poco el pecho, como un gorrión orgulloso.

—Requiere mucha práctica y es más cómodo si alguien te ayuda con las explicaciones. Si te interesa saber más…

—Uy, no, gracias —rechazó con suavidad la otra chica—. Acabo de terminar los exámenes, estoy en huelga de estudios hasta el curso que viene.

—Pues aquí no dice eso —le contradijo Lili, que había seguido volteando las cartas con calma—. Más bien tiene pinta de que vas a coger un libro en cuanto tengas oportunidad.

—Bueno, a ver, eso es inevitable… —trató de justificarse Beth—. Pero este verano se pueden hacer más planes, no sé, ¿qué ven tus cartas?

Las figuras de los arcanos se fueron mostrando una tras otra sobre la mesa. De fondo se escuchaban las voces de los clientes de última hora de la tarde, con los miembros de un animado Club de Lectura a punto de abandonar el Café del Mar para buscar un sitio donde cenar. Ellas también tenían previsto salir, solo que seguían imantadas a sus sillas, a sus miradas, a las manos que se rozaban repentinamente, en suspiros compartidos.

—Veo a otra persona —continuó Lili, sin levantar la cabeza—. Alguien importante para ti y por quien serías capaz de dejar el capítulo de un libro a medias.

—¿En serio? ¿Tan importante? —exageró el asombro Beth, con los ojos muy abiertos detrás de sus gafas.

—Sí, ¡imprescindible!

—¿Y qué pasa con esta persona?

—Se trata de una figura que marcará tus vacaciones de verano —prosiguió con voz neutra Lili—. Ah, mira, la Luna. Es alguien a quien no le gusta mucho el sol, pero es posible que se sacrifique por ti y acepte ir a la playa, y que hasta se compre un bañador que no sea negro y ropa más colorida para no destacar tanto.

—¿Por qué no querría destacar? —preguntó con un toque de pena Beth.

Hizo una pausa y dio la vuelta a dos cartas más.

—Al parecer le preocupa hacer que te sientas insegura por su culpa, que al estar acostumbrada a atraer las miradas, estas también

vayan a ti y no te guste. O, peor, que te moleste y te enfades con ella.

Beth torció la boca, en desacuerdo con sus palabras.

—Solo me enfadaría si obligara a alguien a no ser quien realmente es —afirmó, tajante—. No permitiré que mis problemas afecten a nadie más. —Estiró los dedos y acarició el dorso de la mano de la tarotista, casi como si hubiera sido un accidente—. Más te vale seguir siendo la increíble mujer que eres, o entonces sí que me pasaré el verano enganchada a un libro. O varios, más bien.

Lili se dejó contagiar por las palabras de ánimo. Le parecía curioso que Beth pensara que ella fuera increíble, cuando era al revés. Puede que hubiera perdido el don de ver cuándo moría alguien, pero seguía siendo una persona extraordinaria, y más a sus ojos. Lo cual le recordó que tenían una charla pendiente.

—Por cierto, todavía no me has explicado cómo ha desaparecido tu superpoder.

La chica de ojos violeta ladeó la cabeza, en un claro gesto de evitar la conversación, y habló sin levantar la vista de la mesa.

—¿No te lo dicen tus cartas?

—Es una pregunta demasiado… extraña. No tengo el nivel suficiente para que me la respondan.

—¿Es que no tienes suficientes puntos de hechicería para subir de categoría? —bromeó, y a Lili le hizo gracia la comparación.

—Digamos que me falta acumular más experiencia y, así, un día desbloquearía la opción.

—Conocimientos Arcanos nivel 20.

—¡Nivel 50! Como mínimo, que ya cuesta bastante *farmear* para mejorar las estadísticas sin que un NPC te la líe.

Las dos se sostuvieron la mirada, cómplices, antes de prorrumpir en carcajadas.

—Entonces…

A pesar de que Lili intentó recuperar la razón de la conversación, Beth tenía un arte especial para guiarla hacia donde quisiera.

—¿Por qué te gusta el tarot?

Las cartas seguían en la mesa y su mente se quedó en blanco. ¿Por qué? Tardó un par de segundos en reaccionar y terminar la

tirada, que había quedado a medias. Ya no tenía claro si las había lanzado pensando en Beth o en ella misma, porque lo que le mostraban hablaba más de sí que de la otra. La carta del Sol dominaba en el centro. Era un amigo sincero con el que contar, la serenidad tras la borrasca, relación armoniosa y relajada. Enamorado fiable que anima a la comunicación, a abrirse.

Puede que fuera el momento de hacerlo de verdad y se liberara de un lastre que arrastraba desde hacía años.

—Hubo una época en que Cora estuvo muy enferma, tanto que nos pasábamos día sí y día también en el hospital. Entonces ella tenía seis años y yo trece. —Lili hablaba con la cabeza apoyada en una mano y la otra volteando las cartas. Ahí estaba El Carro invertido, símbolo de mala salud, como un relato revivido de su pasado—. Tal vez fue otra de las razones por las que mi madre se marchó, le sobrepasó. No la culpo, no fue fácil. Mi padre hacía malabares para compaginar el trabajo en la oficina y las visitas al médico, el tratamiento, las consultas…, y yo daba vueltas a su alrededor como un pato mareado, sin tener claro cómo ayudar, porque cuando aparece la palabra cáncer solo hay miedo y angustia, incluso en unas crías como nosotras que apenas nos enterábamos de la mitad de lo que le explicaba el médico.

Hizo una pausa para comprobar que Beth la escuchaba con atención. Recordó el capuchino, que se enfriaba y que de repente no le apetecía probar.

—En uno de mis días rebeldes, porque no olvidemos que era una adolescente, me escapé a la tienda de ocultismo que te llevé la otra vez. Es como un refugio para mí, ¿sabes? Madame Laisviniro me aceptaba sin interrogatorios, me permitía deambular entre estanterías y la escuchaba atender a los clientes. Un día vi cómo echaba las cartas. Suele ser muy discreta, así que supongo que lo hizo a posta para que yo picara. Ni me acuerdo de lo que quería saber la persona que preguntaba, solo me quedé con su expresión de serenidad al terminar. Fue igual que una revelación. Si ella era capaz de ofrecer consuelo a una desconocida con unas cartas, ¿por qué no podría hacerlo yo también con mi hermana?

Lili soltó una breve risa, burlándose de su propia ocurrencia. Había recogido la mesa mientras hablaba y procedió a guardar con cuidado su baraja en la bolsa, con el mimo habitual.

—¿Y funcionó?

—Un tiempo, al menos servía para entretenernos en la habitación del hospital —continuó sin borrar la sonrisa—. Cora no se creía nada de lo que le decía y, vale, admito que a veces me inventaba cosas, pero, bueno, eso…

Lili levantó la mirada y se cruzó con la de Beth. Cualquiera le habría ofrecido una mirada condescendiente o con un toque de lástima, estaba acostumbrada, por eso no solían hablar del pasado en casa, a nadie le gusta que la traten como si fuera un jarrón que se fuera a romper. Tal vez por eso su relación con la muerte era tan llevadera. Era una figura que había pasado por sus vidas y dejó su marca en todos los miembros de la familia.

—Hay más —observó Beth, que imitó su postura, con el mentón en su mano y la vista clavada en los oscuros ojos de la chica de pelo morado.

¿Cómo podía ver tan bien a través de ella? Lili se mordió el labio, pintado de carmín permanente, a punto de arrepentirse de su infantil confesión. Pero no lo pudo evitar. Quería que Beth lo supiera absolutamente todo de ella y que fuera recíproco.

—Traté de predecir cuándo se curaría —confesó y se sonrojó como una chiquilla—. Lo sé, lo sé, es una tontería.

—No es ninguna tontería —la animó a seguir Beth, y alargó la mano para acariciar su brazo—. Quieres a tu hermana y acudiste a lo desconocido para buscar una solución. Al menos no buscaste en la sección de homeopatía.

Lili estiró más los labios, feliz de poder hablar del tema sin tanta vergüenza ni sentirse juzgada. Jamás le había importado tanto la opinión de los demás hasta que Beth se cruzó en su camino y lo único que quería de ella era comprensión y aceptación.

—Por suerte, en la tienda Karma no hay de eso —apuntó, poniéndose más seria. Golpeó con las uñas la taza del capuchino, con ganas de alargar la conversación—. Fue una época complicada, pero pasó. Es lo mejor del tiempo, ya sean cosas malas o buenas, al

final todo pasa. Llega el mañana, el ahora se queda atrás y se convierte en fragmentos de memoria que pierden fuerza con los años. Aunque hay detalles que no se olvidan, como el olor del hospital, eso se queda clavado en el cerebro.

—Me alegra que estéis bien.

A Lili le gustó que usara el plural y recuperó la sonrisa.

—Tiene que hacerse pruebas de vez en cuando, pero sí, todo está en su sitio y no hemos tenido más sustos —dijo, y señaló el bolso donde guardó la baraja—. Lo que no ha cambiado es mi obsesión por las cartas, que fue a más y así hemos acabado. Casi suena a destino, ¿verdad?

Alargó ambas manos y atrapó la que Beth tenía libre. Jugueteaba con sus dedos y reseguía la forma de sus nudillos hacia el dorso y la muñeca. Deseó ser capaz de escuchar los latidos de su corazón y comprobar si se aceleraban, aunque tampoco le hizo falta, porque la agitada respiración de Beth la animaba a continuar.

—Y hablando de destino…, ¿cómo has perdido tu don? ¿No lo echas de menos? Lo de ver las sombras y estar unida al otro lado…

Beth entrecerró los ojos. No le hacía mucha ilusión retomar el asunto, pero sabía que, si no obtenía una respuesta, Lili sería insoportablemente cabezota. Se lo había demostrado desde el día en que se conocieron.

—De acuerdo, tú lo has querido —desistió y resopló. Se sentó erguida en la silla y Lili notó el vacío de su calidez.

No obstante, sus ojos brillaron de emoción.

—¿En serio me lo vas a contar?

—¿No quieres que lo haga? —Beth enarcó una ceja.

—¡Sí! Es que pensaba que serías más reticente, ya sabemos lo difícil que fue que te sonsacara lo de tu poder.

—Tú no sacaste nada, yo decidí contártelo, que quede claro.

—Vale, bien, lo que tú digas, estoy a tu servicio totalmente.

Hubo un silencio en el que se podía sentir el ansia de conocimiento de Lili. Lo que fuera relacionado con el mundo paranormal la tenía enganchada. Era capaz de arrodillarse ante Beth para que le contara todo. Y para hacer más cosas, si ella le dejaba, claro.

Beth carraspeó y empezó a presionar la punta de sus dedos, nerviosa.

—A ver, ¿recuerdas que te expliqué que esto venía de la familia? Se hereda de madres a hijas y así sucesivamente. Pues creo que no te dije que hay un momento en que el poder ya no sirve, o que puede ser peligroso, así que se desvanece, es…

El sonido de un teléfono interrumpió a Beth. La otra no apartaba la vista, como si al hacerlo le diera oportunidad de cambiar de tema.

—Lili, el móvil.

—Ya, ¿y? —dijo, sin entender bien.

—Que te suena el móvil.

—¡Ah!

Estaba tan acostumbrada a recibir solo llamadas de su padre, con el tono más que conocido de Deep Purple, que se le había olvidado cómo era el que venía de serie. Localizó el aparato en su bolso, con manos nerviosas, y descolgó, preparada para mandar a la mierda al comercial de turno por cortarles el rollo.

—¡Lililu, querida! ¿Cómo estás?

Solo había una persona en el mundo que se dirigía a ella de esa forma, así que contestó con el mayor respeto que pudo aunar.

—Madame Laisviniro, ¿qué haces con mi número?

Hubo una suave risa al otro lado de la línea. Fue pensar en la mujer de la tienda esotérica y evocar los aromas a incienso y hierba de su local.

—Tan encantadora como siempre. Me lo diste tú, ¿no te acuerdas? Con tu currículo.

Lili asintió, a pesar de que sabía que no la podía ver. ¿Le había dado uno de los papeles que su padre le hacía imprimir? Ni idea, su mente estaba nublada.

—¿Te han llamado de algún sitio? Verás, es que me haría falta alguien para este verano. Pásate mañana por la tienda y te cuento, si te interesa, claro.

El cielo se abrió ante Lili. ¿Trabajar en el sitio donde más a gusto se sentía? ¿Con una de las pocas personas que realmente se preocupaba por ella? ¿En un tema que le apasionaba y del que hablaba a todas horas? El sí era más que rotundo. Quedaron en

verse la mañana siguiente para concretar los detalles del contrato, pero que el puesto era suyo si aceptaba.

La expresión de felicidad no cabía en su rostro.

—Buenas noticias, ¿no? —señaló Beth. Parecía un poco molesta por haber sido interrumpida, pero compartía su alegría.

—¡Brutales! ¡Qué pasada! Tengo que llamar a mi padre y a Cora y… Oye, ¿te gusta la *pizza* con piña?

—Supongo que habrá que probar. Entonces, ¿nos vamos?

—Sí.

Las dos se incorporaron y se encaminaron a la salida. Lili se despidió del personal del Café del Mar y cogió la mano de Beth en cuanto cruzaron la puerta. Ella aceptó el gesto con una sonrisa.

—Si no quieres o te molesta, puedes decírmelo —se inclinó Lili para susurrarle.

—Lo sé.

—Y no se me ha olvidado que todavía tienes que contarme lo de tu poder.

Las cálidas calles de Sitges las acogió, con una puesta de sol que pintaba los edificios de dorado y resplandecía en los rostros de las chicas.

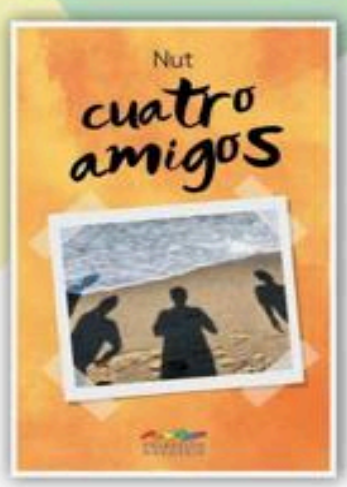
—Lo haré —aceptó Beth, con una sonrisa digna de mujer misteriosa—. Tenemos toda la vida por delante para ello.

# Acerca de la autora

Enara de la Peña (San Sebastián, 1987). Periodista y enamorada de los gatos. Ha trabajado en televisión y prensa escrita y en la actualidad es redactora en Ideal, Jaén.

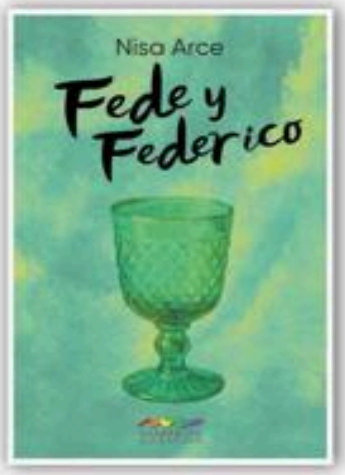
Autora de *Solo Quiero Devorarte*. Su primera publicación fue con Escarlata Ediciones, la novela romántica *Amapola de Sangre*. Sus obras *La Última Plegaria del Dragón* y *La Promesa de los Abedules* han visto la luz con Selecta, de Penguin Random House. Coautora con Roser A. Ochoa de *La Maldición del Cisne* y de la Saga Lotos (*Reencarnación*, *Muerte* y *Resurrección*), de Young Kiwi.
















COLECCIÓN
ARCOÍRIS